

España y Europa. Desde el Tratado de Münster a la Paz de los Pirineos, 1648-1659*

JONATHAN I. ISRAEL

The Institute for Advanced Study, Princeton

Resum:

L'article analitza detingudament la última fase de la guerra entre França i Espanya, que es va perllongar des de 1648 a 1659. Si un acord de pau preliminar assolit en 1648 a l'escalf de la Pau de Westfàlia no va prosperar, tampoc les importants aproximacions aconseguides el 1656 van tenir èxit immediat. L'autor ressegueix la situació política i militar d'aquells anys fins al 1659, marcada, d'una banda, per l'esclat successiu de les sublevacions catalana i portuguesa i de les Frondes, i, de l'altra, per l'evolució de la influència espanyola a l'Alsàcia i a la Lorena i pels esdeveniments en diversos teatres d'operacions, des d'Itàlia fins al corredor del Rin i a la frontera entre Flandes i França. Al mateix temps, ofereix una notable reevaluació de les postures negociadores espanyola i francesa, en funció de les actituds dels mandataris respectius i dels objectius que uns i altres perseguïen; i conclou que, el 1660, era França la que clarament havia obtingut els seus.

Paraules clau: Felip IV, Lluís XIV, Mazarino, Luis de Haro, Pau dels Pirineus, Condé, Turenne, Frondes, places fortes.

* Publicado originariamente en el volumen recopilatorio, Jonathan I. ISRAEL, *Conflicts of empires. Spain, the Low Countries and the struggle for world supremacy, 1585-1713*, The Hambledon Press, Londres, 1997, cap. 6. El Consejo de Redacción de Pedralbes agradece al autor su permiso para esta traducción, que ha efectuado Elisabeth Garcia i Marrasé. Se ha optado por respetar las citas textuales en francés contenidas en el texto.

Abstract:

The article studies in detail the latest part of the war between France and Spain, developing from 1648 to 1659. If a preliminary agreement for peace, reached in the favourable climate of the Peace of Westphalia, failed to materialize, major progresses to the same end by 1656 did not succeed either. The author traces the political and military developments between both dates and then on until 1659, as they were influenced by, on the one hand, the outbreak of the Catalan and Portuguese revolts and of the Frondes, and, on the other one, by the changing Spanish influence over Alsace and Lorraine and by the military fortunes in a variety of theatres, from Italy to the Rhin corridor and the Franco-Flemish frontier. In doing so, he offers a new assessment of Spanish and French negotiating policies, as seen in the attitudes of the major officials in both sides and according to their respective goals. And he concludes that by 1660 it was France the one which had clearly succeeded.

Keywords: Philip IV, Louis XIV, Mazarin, Luis de Haro, Peace of the Pyrenees, Condé, Turenne, Frondes, *places fortes*.

Un episodio crucial en la historia europea que ha sido curiosamente desatendido por los estudiosos a pesar de sus repercusiones en gran parte del continente, es el resurgimiento a partir de 1648 del poder y del influjo españoles, acaecido al mismo tiempo que estallaban las Frondas francesas, y que iría adquiriendo impulso durante los años 1649-1652, mientras en Francia continuaban los tumultos. Esta inesperada reafirmación de lo que aún quedaba de la hegemonía española en Europa se detendría seguidamente y de forma gradual durante los años centrales de la década de 1650; el poder español se derrumbaría finalmente a raíz del ataque anglo-francés sobre sus fuerzas en Flandes de 1657-1659. Pero, al menos de momento, la vieja supremacía española, aquella que había prevalecido en Europa desde principios del siglo XVI hasta el decenio de 1620, parecía restablecerse, aunque este potencial y este prestigio, pese a todo, se basaban en unos fundamentos más que precarios. Sin embargo, entre 1648 y 1656 surgió una posibilidad real de que la corona española lograra imponer un orden político y una distribución de pode-

res, en el oeste y el sur europeos, muy distintos de los que finalmente resultaron de la derrota final española en 1659, después de la cual Europa pasaría a estar dominada durante décadas por una Francia abiertamente absolutista, mercantilista y ambiciosa en el ámbito militar, bajo el mandato de Luis XIV.

Entre 1648 y 1656, España y sus aliados invirtieron temporalmente lo que, desde 1640, parecía una pujanza rápida e inexorable de Francia hacia la hegemonía europea. Las Fronteras revelaban con cruda claridad las profundas divisiones y tensiones no resueltas que acuciaban a la sociedad de Francia y demostraban que era perfectamente factible que este país, que se tambaleaba por el peso de sus propias contradicciones internas y que se veía amenazado por las constantes maniobras de avance españolas, pudiera caer en un largo período de inestabilidad crónica y debilidad internacional, dejando por consiguiente vía libre a la corona española para que dictaminase los contornos del nuevo orden europeo. Puede que sea cierto, como aseveran los historiadores con frecuencia, que la España del decenio de 1640 estuviera agotada desde el punto de vista financiero y militar, y que las dos revueltas de Cataluña y Portugal hubieran dejado la Monarquía en una posición estratégicamente incómoda y peligrosa, y empujado a Castilla, el centro del imperio, a un implacable descenso demográfico y económico durante varias décadas. También tendría que suponerse que si España pretendía recuperarse del abatimiento de 1640 y alentar la recuperación de las ciudades castellanas, no debía fomentar nuevos episodios bélicos, sino, al contrario, dar un respiro a las presiones y las cargas derivadas de la guerra. Pero también es cierto que ningún otro poder europeo, aparte de Francia, poseía entonces recursos militares y financieros parecidos a los que continuaban a disposición de la corona española, ni podía rivalizar en influencia y capacidad de intervención en Italia, Alemania y los Países Bajos; a ello habría que añadir que Francia se vería parcialmente paralizada durante seis años a causa de las Fronteras, cuyas secuelas proseguirían todavía varios años más tarde.

En cuanto a la política española practicada en Europa durante 1640 y 1650, nos encontramos ante una serie de ideas aceptadas que, posible-

mente, deban ser revisadas. Para empezar, la noción de que, tras la caída de Olivares en enero de 1643, la política española pasó a debilitarse y a carecer de efectividad, resultando incluso a veces contradictoria y, tal como ha sugerido algún autor, revelando la «falta de una inteligencia ordenadora y de una orientación clara, como consecuencia de las vacilaciones e incertidumbres del rey y de la inexperiencia del nuevo régimen».¹ Por el contrario, veremos que lo que debe realmente destacarse es la tenacidad y la coherencia de la política española. También es cuestionable la opinión de que «España, al no contar con los recursos suficientes, no pudo aprovechar el movimiento de la Fronda que había estallado contra Mazarino».² De hecho, sí que realizó un esfuerzo significativo e intervino ampliamente en el norte y el sur de Francia, así como en Alsacia y Lorena. Un tercer argumento de escasa consistencia es que las revueltas de Cataluña y Portugal forzaron a la corona española a drenar los recursos de los Países Bajos españoles:³ en realidad, como analizaremos, éstos continuaron igual que antes de 1640, es decir, siendo a la vez el martillo y el yunque de la Monarquía.

Otra *idée fixe* que probablemente deba ser radicalmente revisada concierne a la noción de que fue el cardenal Mazarino quien tomó la iniciativa de ahondar las posibilidades de paz entre Francia y España, y que fue la corte de esta última la que, imbuida de una mezcla de obsti-

1. Robert A. STRADLING, *Europe and the decline of Spain: A study of the Spanish System, 1580-1720*, George Allen and Unwin, Londres, 1981, p. 133 [Hay trad. cast.: *Europa y el declive de la estructura imperial española, 1580-1720*, Cátedra, Madrid, 1983]. Véase también «A Spanish statesman of appeasement: Medina de las Torres and Spanish policy, 1639-70», en su *Spain's struggle for Europe, 1598-1668*, Londres y Río Grande, 1994, pp. 159-160.

2. STRADLING, *Europe and the decline of Spain*, pp. 122-129. Véase también Paul KENNEDY, *The rise and fall of the Great Powers*, Vintage Books, Nueva York, 1989, pp. 58-59. [Existen varias traducciones al castellano: *Auge y caída de las grandes potencias*, De Bolsillo, Barcelona, 2004].

3. «Münster —argumenta Stradling— encajaba con la importante decisión, tomada en 1644, de conceder prioridad a las nuevas rebeliones sobre las antiguas.» (STRADLING, *Europe and the decline of Spain*, p. 133).

nación, indolencia y duplicidad, dejó escapar las oportunidades para forjar una paz que necesitaba con tanta urgencia.⁴ Pese a que Mazarino pudo causar esta impresión en algunos ámbitos, tal planteamiento dista de ser cierto. Los historiadores han sido especialmente propensos a culpar del fracaso de las negociaciones de paz de 1656 a Felipe IV, un monarca que, según se nos dice, «se negó a negociar, insistiendo en unas condiciones tan poco razonables como las que Cromwell exigía a España».⁵ Lejos de tal caso, la realidad no es otra que Mazarino fue —una y otra vez— el máximo responsable de obstruir la paz, mediante unas condiciones que pretendían reforzar su posición interna, establecer la hegemonía francesa y ampliar las oportunidades de expansión en Europa. Además, Felipe IV no actuó en 1656 contra las recomendaciones de sus ministros, con la única excepción del duque de Medina de las Torres, cuya influencia ha sido un tanto exagerada por los historiadores y cuyas opiniones no tomaron en cuenta (con profusa justificación) los verdaderos arquitectos de la política española del momento, don Luis de Haro y el conde de Peñaranda, así como el propio rey.

Una última opinión sobre la estrategia de España que resulta problemática nos conduce a la idea de que el principal objetivo de Felipe IV, conforme a una suma rigidez según la cual no importaban demasiado las consecuencias sobre la población española, era la de mantener intactos los territorios y las posesiones de la dinastía de los Habsburgo. El hecho de que para Felipe «la concepción no fuese la de una monarquía nacional que trascendiera los intereses dinásticos» no significa que «por encima de todo, se viera a sí mismo como representante de la dinastía de los Habsburgo, cuyas posesiones debía preservar», ni que su «único

4. Esta afirmación abunda en la bibliografía reciente: Richard BONNEY, *The European dynastic states, 1494-1660*, Clarendon Press, Oxford, 1991, pp. 212, 239; STRADLING, *Europe and the decline of Spain*, p. 123; John LYNCH, *The Hispanic World in crisis and change, 1598-1700*, Blackwell, Oxford, 1992, pp. 169, 171 [la versión castellana *Los Austrias, 1516-1700*, Crítica, Barcelona, 2010, 5.^a imp., reúne en el mismo volumen y del mismo autor: *Spain 1516-1598, from nation state to world empire*].

5. LYNCH, *The Hispanic World*, p. 169.

criterio fuera el de sus derechos legales» y que debiera salvaguardar imperiosamente «su sagrada herencia». ⁶ Al igual que el resto de los soberanos del siglo XVII, la perspectiva de Felipe IV era, por definición, cortesana y dinástica, pero esta óptica implicaba mucho más que la mera conservación de los territorios heredados, dondequiera que éstos estuvieran situados. En esencia, lo que Felipe IV y sus ministros se esforzaban en conseguir era la perpetuación de la «grandeza» de la Monarquía hispánica, mediante la cual se quería reivindicar su estatus como una de las dos monarquías católicas preponderantes, cuyo prestigio y reputación debían permitir ejercer una influencia dominante en la mayor parte de Europa, y también fuera de ella. A este concepto de «grandeza» del rey de España le acompañaba, de forma inevitable, el hecho de que la corona no podía renunciar, de ninguna manera, a su liderazgo en el mosaico de territorios ubicados entre Francia y los grandes estados de Alemania —que comprendían los Países Bajos del sur, Lorena, la Borgoña española (el Franco Condado) y los estados eclesiásticos renanos, así como Alsacia—, ni tampoco a su hegemonía en Italia, sin perder, en relación con Francia, sus ventajas estratégicas ni su condición de potencia dominante. Si España se retiraba del tejido de principados ubicado entre Francia y los estados alemanes y renunciaba a su papel en Italia, crearía un vacío de poder que, irremediabilmente, ocuparía Francia, y estaría aceptando, por lo tanto, el dominio francés en Europa. Todo ello suponía una disputa por la supremacía, una pugna por el poder y el estatus, pero también es cierto que con su lucha por el dominio de la periferia oriental de Francia y de Italia, Felipe y sus ministros buscaban obtener, a partir de tal conflicto, una nueva estabilidad, en concreto con la creación de un orden político y eclesiástico en Europa basado en la fijación de límites del poder y la proyección de la corona de Francia, tanto dentro como fuera del país. Éste era el objetivo deseado. Pero, en medio de las adversas circunstancias a las que se enfrentaban en el transcurso de 1647 y principios de 1648, Felipe IV y sus mi-

6. *Ibid.*, pp. 170-171.

nistros llegaron a la conclusión de que no tenían otra elección que firmar la paz con Francia en los términos establecidos por Mazarino. Un mal trago, sin duda, por el que Felipe y su círculo consideraban que debían pasar si pretendían superar la profunda crisis de la monarquía española derivada de las revueltas en Cataluña y Portugal, a las que se sumaba la rebelión de Nápoles de 1647. En consecuencia, en enero de 1648, justo al mismo tiempo que se alcanzaban los acuerdos definitivos de paz entre España y los holandeses, el conde de Peñaranda, el plenipotenciario español en el congreso de paz de Münster, firmó el tratado de paz preliminar que había negociado con los franceses. «En retrospectiva —según se ha afirmado— resulta más que evidente la duplicidad española en las negociaciones de paz y el deseo de hacer por separado una paz con los holandeses.»⁷ Pero en realidad no existía tal duplicidad. Los testimonios españoles muestran que Felipe y sus ministros, profundamente afectados por los reveses de la década de 1640 y por la insurrección en Nápoles (así como por la pérdida en 1646 de Dunkerque, principal puerto de España en la costa flamenca), eran sinceros en su anhelo de resolver la situación y en su voluntad de aceptar la derrota. Por el contrario, fue el persistente estancamiento de Mazarino y su afán por exigir a España todavía más concesiones de las muchas que ya había obtenido lo que impidió la culminación de la paz franco-española en 1648.⁸

Contra todo pronóstico, la posición estratégica española mejoró notablemente en Europa durante los meses posteriores, hasta el punto de alterar el equilibrio de poderes entre España y Francia. Tal como señalaba Peñaranda en un informe dirigido al rey, existían tres razones básicas para este cambio decisivo.⁹ La primera de ellas era que la mayoría de las Provincias Unidas —cinco contra dos— había votado a favor de

7. BONNEY, *European Dynastic States*, p. 212.

8. Conde de Peñaranda a don Luis de Haro, Münster, 18 de abril y 18 de mayo de 1648, en *CODOIN*, vol. 84, pp. 165, 230-231.

9. Conde de Peñaranda a Felipe IV, Münster, 11 de junio de 1648, *CODOIN*, vol. 84, pp. 244-246.

firmar una paz por separado con España, pese a la promesa que los Estados Generales holandeses habían realizado a la corona francesa de no hacer tal cosa y pese a los esfuerzos galos para evitarlo. La Guerra de los Ochenta Años había concluido, por lo que los comandantes españoles ya no tendrían que preocuparse por la posibilidad de que un ejército neerlandés atacara su retaguardia y constituyera una amenaza para Amberes y las ciudades flamencas. Este hecho restó fuerza a Mazarino en un grado considerable. La segunda de las razones viene dada por el fracaso de los esfuerzos franceses en su intento de aprovechar y acentuar la crisis de la corona española en Italia. En la primavera de 1648, una expedición punitiva enviada desde España bajo el mando del hijo ilegítimo reconocido de Felipe IV, don Juan José de Austria, aplastó la rebelión napolitana y logró restituir el control español sobre el sur de Italia. Por último, la tercera razón recae en el creciente malestar en Francia. La agitación propiciada por las Frondas empezaba justo en este momento, hasta convertirse en una rebelión contra las políticas centralizadoras del gobierno francés y sus repercusiones fiscales, no sólo por parte de la burocracia y la nobleza, sino también entre amplios sectores de la población, sobre todo los concentrados en las ciudades. Entre las demandas de los *frondeurs* ocupaba un lugar destacado la vindicación de la paz con España, así como la insistencia unánime en que Mazarino (quien gozaba de extrema impopularidad entre la mayor parte de la nobleza y del pueblo en general) fuera apartado del poder.¹⁰ Las enormes cargas económicas y los cuantiosos impuestos, tan necesarios en un contexto bélico prolongado, podían haber supuesto un gravamen fiscal excesivo para España pero, al menos en esta coyuntura, parecía que la tensión del conflicto estaba causando mayores estragos en Francia.

10. Conde de Peñaranda a Felipe IV, Münster, 2 de marzo de 1649, *CODOIN*, vol. 84, pp. 359-361. Cerca de 5.000 panfletos o *mazarinades*, en los que se denunciaba a Mazarino y sus políticas, sin olvidar su negativa a firmar la paz con España, fueron redactados durante las Frondas: Richard BONNEY, «The English and French Civil Wars», *History*, 65 (1980), pp. 376-377.

Así pues, no fue la duplicidad o la intransigencia española, sino una combinación de las evasivas de Mazarino y un cambio de la situación estratégica general durante los primeros meses de 1648 lo que arruinó la paz franco-española provisional de enero de ese mismo año. Cuatro meses más tarde, en mayo, pocos días antes de las ceremonias que debían celebrarse en el ayuntamiento de Münster con motivo de la ratificación de la paz hispano-neerlandesa, Peñaranda recibió instrucciones de Madrid advirtiéndole que no aceptara las «condiciones exorbitantes» que España había convenido en conceder a Francia en el mes de enero, puesto que, tras la «reducción» en Nápoles y la decisión de los Estados Generales holandeses, el rey había cambiado finalmente de opinión.¹¹ Aunque las negociaciones de paz franco-españolas se prolongaron en Münster hasta finales de junio, con los holandeses como intermediarios, y Peñaranda trató de eximir a la corte española de ser la culpable de la situación de estancamiento, las últimas sesiones de conversaciones resultaron estériles por completo, pues Mazarino no estaba más dispuesto a moderar sus exigencias de lo que los españoles lo estaban de aceptar los términos que habían admitido provisionalmente en enero.

Mediante su ejército principal, la armada de Flandes, Felipe IV no quiso perder tiempo e intentó que el contexto favorable que se venía manifestando desde la primavera de 1648 se reflejara en forma de ganancias sobre el mapa. Debían recuperarse muchos territorios que se habían perdido en los Países Bajos españoles, en Italia y en la propia península. En los Países bajos meridionales, los franceses habían invadido en el transcurso de la década de 1640 gran parte del oeste de Flandes, incluyendo Gravelinas, Mardijk, Dunkerque, Kortrijk (apresada en 1643), Sint Winoxbergen (Bergues-Saint Winoc) y Furnes (Veurne), y habían ocupado casi la totalidad de Artois, estableciendo fuertes guarniciones en Arras, Hesdin, Lens y Bethune, así como La Bassée, en el distrito de

11. Conde de Peñaranda a Felipe IV, Münster, 11 de junio de 1648, *CODOIN*, vol. 84, pp. 244-245.

Lille, mientras que en Luxemburgo habían tomado Thionville y Damvillers.¹² Los españoles entraron en el Flandes occidental y Artois, recuperando Kortrijk y Lens. No obstante, su ofensiva recibiría, casi de inmediato, un revés aplastante. Cerca de las murallas de Lens, el ejército español, compuesto por 18.000 hombres, que hasta entonces no había dejado de avanzar, fue reducido a pedazos el 20 de agosto de 1648, sufriendo graves pérdidas tanto en vidas como en cañones, estandartes y prestigio, a manos de un ejército francés ligeramente más pequeño, comandado por el príncipe de Condé.

En Madrid existía poco entusiasmo por alargar un conflicto que ya se había prolongado durante dieciocho años, de ahí que Felipe IV insistiera en que se suavizaran un poco los términos de enero de 1648, que resultaban tan desfavorables, e incluso humillantes, para España. En el caso de que los franceses pusieran algo de su parte para alcanzar un punto de encuentro, el monarca español profesaría su disposición a firmar una paz, incluso en unas condiciones que, en términos generales, eran ventajosas para Francia. Sin embargo, en esta etapa no existía prácticamente ninguna posibilidad de que prosperase un acuerdo de paz, en especial a causa de la actitud de Mazarino y, asimismo, de la todavía débil posición de las armas españolas en Cataluña, en el frente portugués y en Italia. Mazarino sería el responsable de reanudar en enero de 1649 las conversaciones secretas de paz entre las cortes francesa y española, si bien su motivación en este momento podía ser simplemente la de demostrar a la oposición frondista, tanto en París como en el resto de Francia, que se esforzaba al máximo para poner fin a la guerra española. En cualquier caso, cuando Peñaranda, ahora en Bruselas, envió a uno de sus mejores diplomáticos, Jean-Claude Friquet (1593-1667), natural del Franco Condado, para negociar con Mazarino y la corte francesa —que había tenido que abandonar París e instalarse en Saint-Germain-en-Laye—, se encontró con que el cardenal no se mostraba

12. H. LONCHAY, *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays-Bas, 1635-1700*, Bruselas, 1896, p. 127.

más flexible que el año anterior. Friquet aseguró a Mazarino que el monarca español estaba dispuesto a «firmar la paz en términos honorables e incluso a aceptar condiciones favorables para Francia», y que lo haría «sin esperar al resultado de los disturbios en París». ¹³ Sin embargo, había tres objeciones que debían resolverse con anterioridad. En un momento inicial, Friquet evitó tratar la más importante de ellas —Cataluña— con la esperanza de asentar unas bases favorables que permitieran avanzar lo más rápidamente posible en la resolución de las otras dos. La segunda objeción española a los términos fijados en enero de 1648 se refería a la cláusula que estipulaba el derecho de la corte francesa a continuar «ayudando a los portugueses» una vez que se hubiera firmado la paz, por lo que Felipe insistió en que, si iba a producirse una conciliación, Francia tendría que comprometerse a *no* colaborar con los lusos en su rebelión contra la corona española. ¹⁴ La tercera objeción concernía a la cláusula según la cual la corte francesa acordaba restituir los territorios confiscados al aliado de España, el duque Carlos IV de Lorena, aunque sólo en parte; al contrario, Felipe y su protegido requerían una restitución completa. ¹⁵

Mazarino no mostró disposición alguna a modificar su postura en ninguno de estos puntos. Bien a las claras, consideraba la ocupación francesa de Cataluña como una baza que, a la larga, aseguraría grandes beneficios a Francia. El cardenal advirtió a Friquet que Peñaranda y el rey no debían depositar sus esperanzas en la situación agitada en que se encontraba París. Según predijo, los tumultos en contra de la corte y de

13. British Library, Londres [BL], ms. Add. 14000, fol. 173-173v: «Relacion de la jornada que Don Juan Friquet ha echo a la corte de Francia en San German por orden del señor conde de Peñaranda a principios de 1649».

14. *Ibid.*, fol. 173v.

15. *Ibid.*, fols. 175v-176. En su carta dirigida al rey, fechada el 28 de noviembre de 1648 y enviada desde Bruselas, Peñaranda cuenta que, en efecto, Lorena estaba constituida por tres entidades: el propio ducado, junto con el ducado de Bar y algunas regiones pertenecientes a los obispados de Metz, Verdún y Thoul. Según establecían los términos de enero de 1648, la corona francesa estaba dispuesta a restituir el ducado propiamente dicho, pero nada más. *CODOIN*, vol. 84, p. 329.

él mismo cesarían de inmediato en caso de que los españoles quisieran aprovechar la ocasión invadiendo Francia.¹⁶ También insinuó que estaba cerca de alcanzar un acuerdo con los portugueses, mediante el cual éstos proporcionarían a Francia algunos de sus buques de guerra, contribuirían a costear los gastos de la guerra en Cataluña y entregarían Tánger a la corona francesa. Asimismo, insistió en que Francia no cejaría en su apoyo a la secesión portuguesa, alegando que las obligaciones de su reino respecto a Portugal, recogidas por escrito en varios tratados, eran de un orden distinto al de los compromisos que Felipe IV había adquirido con el duque de Lorena, que no se habían hecho públicos.¹⁷ Y todavía agregó que si Felipe insistía en su exigencia de restitución completa de los territorios e independencia de Lorena, la reina regente de Francia, siguiendo su consejo, negociaría una paz por separado con el duque Carlos, cuyas tropas quedarían desvinculadas de España y pasarían a luchar como aliados de los franceses. A todo ello, Friquet respondió que no veía demasiadas probabilidades de que el duque abandonara a España para pasarse a Francia, puesto que, además de sus solemnes promesas y de la «palabra de un príncipe de tal sangre» —observación que debió de provocar una sonrisa en el rostro de Mazarino, ya que el duque era de poco fiar—, la prudencia no le permitiría entregar su ejército ni confiar su seguridad futura a aquellos que le habían despojado de sus tierras y rentas.

Tras una primera ronda de conversaciones, Friquet se reunió con Mazarino y otros cortesanos para cenar, lo que significaba que la intención del cardenal no era precisamente la de mantener su visita como confidencial. Esta circunstancia persuadió a Friquet de que la verdadera razón de las negociaciones era la pretensión de Mazarino de convencer al *Parlement* de París y a la nobleza frondista de que tanto él como Ana de Austria estaban buscando encarecidamente la paz con España.¹⁸ El segundo día, después de consultar con la reina y el Consejo Real, Mazarino moderó su tono, insinuando que la corona francesa daría «satis-

16. *Ibid.*, fol. 174v.

17. *Ibid.*, fol. 175.

18. *Ibid.*, fols. 178v-179.

facción al duque de Lorena» y consideraría abandonar la causa de Portugal, pero no ofreció nada concreto. Tales conversaciones, al igual que los encuentros precedentes, no llegaron a nada. En esta coyuntura, la confianza de Mazarino parecía estar justificada. Desde febrero de aquel año, y con el ejército real francés comandado por Condé (que todavía permanecía leal a la reina regente y al gobierno) bloqueando a los *frondeurs* en París, la situación de Mazarino se había fortalecido de manera sustancial, aunque también sólo temporalmente.¹⁹ Bajo las órdenes del gobernador general en Bruselas, el archiduque Leopoldo Guillermo, el ejército español de Flandes invadió Francia, penetrando por Mons, más allá de Vervins, hasta Laon, desde donde estaba en condiciones de atacar Reims y Soissons. De todos modos, este intento de reavivar la oposición frondista contra Mazarino no llegó a prosperar y, en abril, el cardenal consiguió negociar el fin del primer movimiento, la llamada «Fronde parlamentaria».

La guerra, pues, llevaba camino de continuar. Para España, se trataba de un conflicto que, ante todo, debía suponer la recuperación de Cataluña y Portugal, así como del imperio colonial luso (aunque, dadas las circunstancias, la realidad estratégica evidenciaba que, mientras durase la guerra franco-española, España sería incapaz de lanzar una ofensiva contra Portugal),²⁰ a la vez que debía permitir la reorganización efectiva de Lorena, junto con el vecino ducado de Bar, situado entre Francia y el Imperio alemán, en tanto que estado importante cercano a los Países Bajos españoles y dependiente de España. Además de estos objetivos, España tenía otros intereses de no menor alcance. Mazarino había realizado un decidido esfuerzo, y aún lo seguía haciendo pese al fracaso de la revolución napolitana, por acabar con la hegemonía española en Italia, vigente durante más de un siglo, minando su control sobre Milán, Nápoles y Sicilia, alejando a sus aliados e induciéndoles a

19. Orest RANUM, *The Fronde: A French revolution, 1648-1652*, Norton, Nueva York, 1993, pp. 206-214.

20. Si bien en 1657 tuvo lugar una incursión ofensiva inicial. Véase Rafael VALLADARES, *Felipe IV y la Restauración de Portugal*, Algazara, Málaga, 1994, pp. 39, 313-315.

firmar alianzas con Francia. Por otro lado, estaba la cuestión del Imperio alemán. Si Francia había logrado en Münster meter una cuña entre España y el emperador, y éste había concedido el control francés de Alsacia y de las fortalezas renanas de Breisach y Philippsburg, por su parte España no estaba todavía preparada para aceptar, en general, la dominación francesa del corredor del Rin ni, en particular, la posesión francesa de Alsacia. A causa de su debilidad militar, los estados eclesiásticos católicos del Rin iban a caer, casi inevitablemente, bajo el dominio de Francia o España, si bien el poder de este último país parecía constituir el único capaz de detener las ambiciones francesas respecto a Renania. España aún tenía una guarnición en Jülich y, más al sur, en la orilla izquierda del Rin, ocupaba la ciudad de Frankenthal (hasta 1652), lo que significaba que estaba firmemente instalada en el corazón del Palatinado y cerca del obispado clave de Espira.²¹ Mientras tanto, en el electorado de Tréveris, situado estratégicamente entre Lorena, el Rin y el territorio español de Luxemburgo, el arzobispo-electo Philipp-Christoph von Sötern (que gobernó entre 1623 y 1652) había seguido en el pasado una política sistemáticamente profrancesa; pero ahora, anciano y débil, se encontraba con que las tropas del duque de Lorena habían ocupado —con la connivencia española— varias fortalezas y ciudades en la parte sur del electorado, junto a Lorena.²² Entre los canónigos de Tréveris con voto y encargados de elegir al nuevo gobernante, se había generado una profunda división entre la facción francesa y la española, si bien, con los Metternich y sus aliados, la proespañola tenía la esperanza de ganar la próxima elección.²³

21. Georges LIVET, *L'intendance d'Alsace sous Louis XIV (1648-1715)*, Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg, Estrasbourg, 1956, pp. 143, 147. Sobre el continuo debate español acerca de la validez de la renuncia imperial de Alsacia en favor de Francia, véase BL, ms. 14004, fol. 32v, «Notizias de la... division de la Casa de Austria».

22. Joseph BAUR, *Philipp von Sötern, geistlicher Kurfürst zu Trier, und seine Politik während des Dreissigjährigen Krieges*, 2 vols., Espira, 1897, I, pp. 241-247.

23. G. Livet, ed., *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu'à la Revolution Française: états Alle-*

En un informe dirigido al rey el 2 de marzo de 1649, al comentar la cuestión del equilibrio de poderes en Europa occidental, Peñaranda observó que España no sólo podía recuperar en ese momento su influencia sobre Alemania y los territorios perdidos en Flandes y Artois, sino también conseguir la reorganización del ducado de Lorena como un sólido estado dependiente de España. Además, proseguía, Felipe tenía ahora una «extraordinaria oportunidad» de recuperar Breisach para los Habsburgo y de expulsar a los franceses de Alsacia, la cual pasaría a depender de España para mantener su seguridad futura como parte del Imperio.²⁴ No menos optimista se mostraba Peñaranda al tratar sobre las perspectivas que existían a la hora de detener los intentos franceses que pretendían acabar con la supremacía de España en Italia. Estaba de acuerdo con don Luis de Haro en que el siguiente paso sería recuperar los dos *presidios* toscanos de Piombino y Porto Longone (en la isla de Elba),²⁵ que los franceses habían capturado en 1646; después, España debería proceder a expulsar al resto de guarniciones francesas de Saboya y Monferrato y «castigar» al duque de Módena por su deslealtad.²⁶

En la región del Rin, especialmente en Tréveris y Espira, España obtuvo logros considerables entre 1648 y 1652 a expensas de los franceses. Desde la década de 1630, Von Sötern, en estrecha alianza con Francia y en beneficio de su propia estirpe, había acumulado territorios y

mands, III, *L'electorat de Trèves*, Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1966, pp. 20-24.

24. Conde de Peñaranda a Felipe IV, Bruselas, 2 de marzo de 1649, *CODOIN*, vol. 84, pp. 359-361.

25. Por consiguiente, no en la república de Génova, tal como se indica en BONEY, *The European dynastic states*, p. 239.

26. Francesco I d'Este, duque de Módena, pese a haber ejercido en la década de 1630 una política favorable a los Habsburgo, en la de 1640 se posicionó en el bando francés y, durante el siguiente decenio, se mantuvo como el aliado más consistente de Mazarino en Italia: Robert ORESKO, «The marriages of the nieces of Cardinal Mazarin», en R. Babel, ed., *Frankreich im europäischen Staatensystem der frühen Neuzeit, Beihefte der Francia*, 35, Sigmaringen, 1995, p. 128.

títulos en ambas circunscripciones eclesiásticas y anhelaba su propia *vendetta* contra los sectores que se habían opuesto a la nobleza y la jerarquía eclesiástica de Tréveris, encabezados por la familia Metternich. En 1635, los Metternich y sus aliados, que contaban con el apoyo del cardenal-infante (quien había enviado soldados de refuerzo desde Luxemburgo), se habían apoderado del electorado, habían arrestado a Philipp-Christoph y lo habían entregado bajo custodia al emperador, cuyas tropas habían ocupado entonces la fortaleza más importante de Tréveris, Ehrenbreitstein, situada enfrente de Coblenza y que dominaba la confluencia del Mosela y el Rin. En 1645, sin embargo, Mazarino había logrado la puesta en libertad del elector, como parte de las negociaciones de Münster, y lo había reinstalado en Tréveris, con lo que había puesto el electorado de nuevo bajo dominio francés. Las tropas galas habían sido admitidas en la gran fortaleza renana de Philippsburg, en el territorio de Espira, mientras que se había obligado a exiliarse a los Metternich otra vez.²⁷

Fue la recuperación de la fortuna española de 1648-1649, así como el estallido de las Frondas, lo que permitió a los Metternich y sus aliados recuperar la ventaja perdida. Con el apoyo de España y del elector de Maguncia (ahora de parte de los Habsburgo), uno de los canónigos jóvenes del capítulo electoral, Karl-Kaspar von der Leyen, lideró un pequeño ejército formado por descontentos locales que entró en el electorado, tomó la ciudad de Tréveris el 31 de mayo de 1649 y encarceló a Philipp-Christoph en su propio palacio. En junio de 1650, los quince canónigos del capítulo, la mayoría de los cuales se habían adherido a la facción española, eligieron a Von der Leyen —cuyo consumo excesivo de alcohol era, según uno de los informantes de Mazarino, «seule et unique chose en quoi il excelloit»— coadjutor de Tréveris, que de hecho era el que ejercía el poder efectivo en el electorado. Al menos por el momento, Tréveris estaba segura como estado depen-

27. Fritz DICKMANN, *Der Westfälische Frieden*, Aschendorf, Münster, 1972; nueva edición, 1992, pp. 286-287.

diente de España, convirtiéndose en el nuevo «camino español» para los soldados y los suministros que se enviaban desde el sur hacia los Países Bajos españoles.²⁸ El duque Carlos también siguió utilizando la parte meridional del electorado como base de operaciones contra las tropas francesas que había en la vecina Lorena, mientras que varias ciudades y fortalezas de Tréveris (Homburg, Landstuhl, Saarweden y Hammerstein) permanecían en manos de sus loreneses. Tras la muerte de Philipp-Christoph el 4 de febrero de 1652, Karl-Kaspar fue nombrado su sucesor como arzobispo-electoral de Tréveris, mientras que su aliado, Lothar-Friedrich von Metternich, fue elegido obispo de Espira. De esta manera, ambos estados se mantuvieron firmemente dentro de la órbita hispana, quizá con la única excepción de Philippsburg, que continuaba en manos francesas, hecho que, ya de paso, servía como excusa para que los españoles conservaran su guarnición en Frankenthal.²⁹

A pesar de la firma de la Paz de Rueil (11 de marzo de 1649), que supuso el final de la primera fase de las Frondas y que restauró temporalmente el predominio de la corte gala en el interior de Francia, los españoles mantuvieron su ventaja en la frontera franco-neerlandesa. El 8 de mayo, tras un breve sitio, la ciudad flamenca de Ieper (Ypres), que había caído recientemente en manos de Condé y que estaba tomada por tropas francesas, se rindió ante el ejército de Flandes.³⁰ El intento de Mazarino de dar respuesta a este acto mediante el asedio de Cambrai, en junio, fracasó debido a la falta de dinero y tropas, y también a la solidez del sentimiento antifrancés existente en las zonas fronterizas de Valonia; Pieter Snayers recibió a continuación el encargo de pintar un magnífico retrato del archiduque en el asedio de Ieper, cuyo destino final acabaría siendo Madrid. Mientras tanto, el ejército francés instalado en Cataluña, que apenas había recibido alguna paga desde el verano de 1648 y que acusaba cada vez más la falta

28. BAUR, *Philipp von Sötern*, II, pp. 309-315.

29. LIVET, *L'intendance*, p. 147.

30. CODOIN, vol. 84, pp. 375-376.

de disciplina, se había visto forzado a ponerse a la defensiva durante el estío de 1649.³¹

España y la Fronda de los Príncipes (1650-1651)

El año 1650 resultó dramático en todos los frentes y, al mismo tiempo que se hacía patente la precariedad del equilibrio cambiante entre Francia y España, supuso en términos generales un éxito considerable de las tropas españolas y un avance de la influencia hispánica en toda la Europa occidental. La causa española se vio beneficiada por el recrudecimiento de la resistencia armada contra el poder real de Francia. Tras meses de intriga y de tensión creciente, Mazarino trató de resolver las cosas mediante una maniobra audaz, llevada a cabo el 18 de enero de 1650, cuando hizo detener al príncipe de Condé junto a su hermano, el príncipe de Conti, y al gobernador de Normandía, Henri, duque de Longueville. Los tres príncipes capturados fueron encarcelados en Le Havre, lo que se tradujo en un incremento de la oposición en muchas partes de Francia.³²

Una circunstancia preocupante desde el punto de vista español, puesto que podía contrarrestar los avances conseguidos en otros ámbitos, era la crisis política que tenía lugar simultáneamente en la república holandesa. El nuevo estatúder, Guillermo II de Orange, era un crítico acérrimo de la paz neerlandesa con España y un firme aliado de Mazarino. Enzarzado en una disputa con los Estados de Holanda sobre asuntos relativos al tamaño del ejército y los gastos militares, a finales de 1649 estaba claro que el ambicioso y joven príncipe pretendía alcanzar nada menos que el dominio neerlandés: si tenía éxito, el resultado más probable sería el de una nueva alianza militar entre Francia y las Provincias

31. José SANABRE, *La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa, 1640-1659*, J. Sala Badal, Barcelona, 1956, pp. 421-422, 432, 437.

32. Richard BONNEY, «Cardinal Mazarin and the great nobility during the Fronde», *English Historical Review*, 96 (1981), p. 820.

Unidas, además de una probable reanudación de la guerra entre España y Holanda.³³ En enero de 1650, la corona francesa recibió una nueva inyección de ánimos cuando las indisciplinadas tropas del duque de Lorena, causantes de constantes saqueos, arrasaron parte de las Tierras de la Generalidad holandesa, ocasionando un escándalo público en la república y, por ende, una reacción contra España, lo que resultó ser una munición muy provechosa para Guillermo II en la contienda política que mantenía con los Estados de Holanda.

Con un ojo puesto nerviosamente en las Provincias Unidas, el archiduque Leopoldo Guillermo, aconsejado por su comandante militar, el conde de Fuensaldaña, lanzó una ofensiva durante el verano de 1650 en el sur de Valenciennes, a lo largo del valle del Oise, con el apoyo de una fuerza frondista dirigida por el mariscal de Turenne, quien, en ese momento, se había alzado contra la corona francesa. Los españoles se adentraron en Francia, más allá de Landrecies (reconquistada en 1647), y capturaron el bastión estratégico de Châtelet; no lograron tomar Guisa, aunque consiguieron conquistar una fortaleza fronteriza clave como era La Capelle (véase mapa 1), que se rindió el 3 de agosto tras trece días de asedio. En medio de la incertidumbre sobre si el ejército invasor seguiría avanzando hacia París, o bien giraría en dirección noroeste para invadir Artois, Mazarino se vio sumido en una «grande inquiétude» con respecto a Arras. Y es que los españoles estaban centrados en ampliar su enclave hacia el sureste, en Champaña, a fin de capturar Vervins y, posteriormente, Château Porcien y Rethel, a poca distancia del norte de Reims.³⁴

Entretanto, la lucha en las Provincias Unidas se intensificó. El 30 de julio, usando tropas procedentes de las guarniciones de Güeldres, Guillermo II organizó un *coup d'état* relativamente exitoso, durante el cual arrestó a seis de los principales regentes de los Estados de Holanda y,

33. J. I. ISRAEL, *The Dutch Republic and the Hispanic World, 1606-1661*, Oxford University Press, Oxford, 1982, pp. 385-392 [hay trad. cast.: *La república holandesa y el mundo hispánico*, 1606-1661, Nerea, Madrid, 1997].

34. LONCHAY, *La rivalité*, p. 154



MAPA I. La estrategia de España en los Países Bajos: 1635-1643

mediante una demostración de fuerza, logró intimidar Ámsterdam. Al percatarse de que probablemente estallaría una guerra civil en las Provincias Unidas, los consejeros de Felipe IV, tras discutir sobre ello en una reunión celebrada el 16 de agosto de 1650, cursaron instrucciones al archiduque en Bruselas (y al embajador español en La Haya, Antoine Brun) para que permanecieran neutrales durante tanto tiempo como

fuera posible, pero que, en caso de que Holanda fuera a ser arrasada, acudiera en su ayuda y en la de las provincias menores, frente al estatúder.³⁵ A su vez, la maquinaria diplomática española estaba concentrada en eliminar cualquier posible pretexto que pudiera ser utilizado por Guillermo II para provocar un enfrentamiento con España. Siguiendo el consejo de Peñaranda, se ofrecieron a los Estados Generales una serie de concesiones comerciales adicionales, y se vertieron esfuerzos en acentuar la disputa existente entre holandeses y portugueses, puesto que los segundos habían reconquistado ya en 1645 la mayor parte del Brasil holandés. Cuando Guillermo II y los Estados Generales —éstos dominados ahora en gran parte por el primero— anunciaron que estaban intercediendo como mediadores entre Francia y España para lograr el fin de la guerra —una proposición que iba acompañada de una amenaza no demasiado sutil de unirse a los galos contra los españoles si la mediación neerlandesa era rechazada—,³⁶ el gobernador general español en Bruselas y el embajador en La Haya recibieron instrucciones de actuar con la máxima prudencia, tomando las propuestas holandesas como una estratagema ideada en connivencia con Mazarino, y retrasar su respuesta el mayor tiempo posible. Finalmente, en el momento de darla, aseguraron a los holandeses que la corona española estaba dispuesta a negociar la paz con Francia, si bien en unos términos que resultaban ambiguos, sin aceptar ni rechazar expresamente la proposición de mediación neerlandesa.³⁷ Era poco probable que, con tales evasivas, la corte española pudiera afrontar este nuevo percance durante mucho tiempo, pero, afortunadamente para España, la crisis acabó con la re-

35. Archivo General de Simancas [AGS], Estado 2072, consulta, Madrid, 16 de agosto de 1650; los ministros españoles deliberaron tras el golpe que Guillermo II había llevado a cabo en Holanda.

36. J. J. POELHEKKE, *Geen blijder maer in tachligh jaer: verspreide studien over de Crisisperiode, 1648-1651*, Zutphen, 1973, pp. 163-179.

37. AGS, Archivo de la antigua embajada española en La Haya, leg. 32, fol. 170, Felipe IV a Antoine Brun, Madrid, 30 de noviembre de 1650; ISRAEL, *Dutch Republic and the Hispanic World*, p. 392.

pentina e inesperada muerte del joven príncipe (a causa de la viruela), ocurrida el 6 de noviembre de 1650.

Por su parte, las tropas españolas habían registrado nuevos avances en Italia y Cataluña. Don Juan José de Austria, tras haber reunido una considerable flota en Nápoles y Sicilia, zarpó del puerto de Nápoles el 11 de mayo con treinta buques de guerra, barcos de transporte y galeras, y unos 9.000 soldados, con los que apareció, quince días después, frente a Piombino y Porto Longone.³⁸ El gobernador de Milán, el marqués de Caracena, envió tropas adicionales. Transcurrido un mes de asedio, Piombino cayó el 21 de junio bajo un ataque español. Tras semanas de continuos bombardeos, el millar de soldados franceses de la guarnición de Porto Longone, en la isla de Elba, se entregaban diez días después. Mazarino, que había gastado una cantidad ingente de tiempo e inventiva, de hombres y dinero, en el empeño de hacer progresar las aspiraciones francesas (y las suya propias) en Italia, estaba sumamente alarmado, en particular con respecto a Casale, a la cual consideraba la llave estratégica de Italia y que, debido a la confusión motivada por las Frondas, se encontraba ahora «en très mauvais estat». «Nous sçavons —observaba en una carta a Le Tellier— que leur dessein est de venir fondre avec toute cette armée-là qu'ils joindront à celles qu'ils ont dans l'estat de Milan pour attaquer Casal, dont ils viendront à bout avec facilité, si on n'y remédie promptement, et ainsy nous perdriens aussytôt toute la maison de Savoye et aurions la guerre l'année prochaine dans le Dauphiné».³⁹ Tal como era de esperar, el debilitamiento francés y el correspondiente restablecimiento de la presencia española en Italia promovieron una tendencia general entre los príncipes italianos de volver a una actitud de deferencia hacia España. En cuanto a Italia se refiere, el principal temor de Mazarino

38. «Diario de lo sucedido al señor Don Juan de Austria en la navegación y conquista de las plazas de Pumblyn y Puerto Longon» (Palermo, 1 de septiembre de 1650), BL, ms. Add. 14009, fols. 785, 822.

39. *Lettres du Cardinal Mazarin pendant son ministère* P. A. Chéruel y G. d'Avenel, eds., 9 vols., Imprimerie Nationale, París, 1872-1906, III, p. 697.

era que Saboya estableciera acuerdos con Felipe IV, un paso que prácticamente eliminaría la influencia francesa en Italia y dejaría el Delfinado expuesto a una invasión.

No menos desagradable para Mazarino era la situación en Cataluña, donde un ejército castellano de 6.000 hombres, que avanzaba desde Lérida, había conseguido capturar Flix, dominar la zona del valle bajo del Ebro y, en octubre, poner sitio a Tortosa. En los debates estratégicos celebrados en la corte francesa, Mazarino había insistido en que debía darse la máxima prioridad al frente catalán. Pero los intentos de las fuerzas francesas en Cataluña, al mando de Louis de Vendôme, duque de Mercoeur, para poner fin al asedio resultaron inútiles. Una flota de galeras francesas que trataban de socorrer Tortosa fue repelida el 24 de noviembre por la flota de bloqueo castellana, comandada por el duque de Albuquerque —quien a continuación sería nombrado virrey de México—, un encuentro que pudo contemplarse desde Tarragona.⁴⁰ Tres días después, Tortosa capitulaba. Para Mazarino, casi tan alarmante como estos reveses militares y navales, resultaron una serie de ataques cometidos por partidas de campesinos catalanes contra los soldados franceses, cada vez más indisciplinados, quienes, por la falta de paga, se habían visto obligados a robar alimentos y ganado: «le roy d'Espagne —señalaba el cardenal— n'a perdu cette province-là que par les mauvais traitements que ses armées firent aux peuples. Je crains fort que cette mesme raison ne la fasse encore reperdre au Roy [de Francia]».⁴¹

España también mantenía la ventaja en la frontera noreste de Francia, aunque el archiduque Leopoldo Guillermo no podía evitar sentirse frustrado ante la imposibilidad de hacer más, a causa de la escasez del número de españoles e italianos que formaban la columna vertebral del ejército de Flandes. En la primavera de 1651, los tercios de la infantería española en Flandes se habían reducido a sólo 3.000 hom-

40. C. DE LA RONCIÈRE, *Histoire de la marine française, V, La Guerre de Trente Ans: Colbert*, Larousse, París, 1934 (3.ª ed.), pp. 164-167.

41. *Lettres du Cardinal Mazarin*, III, p. 846.

bres, mientras que los italianos, a apenas 700.⁴² Sin embargo, los triunfos sustanciales se alternaron con algunos reveses. Un acontecimiento que dejaría su marca en Lorena fue la captura de la fortaleza clave de Stenay por parte de una fuerza frondista de Madame de Longueville. A pesar de que originalmente había pertenecido al duque de Lorena, la corte había asignado la ciudad a Condé como recompensa por sus servicios. La duquesa no quiso perder tiempo y mandó llamar a una guarnición española en la cercana Luxemburgo, aunque más tarde Felipe decidió que Stenay debía entregarse a las tropas frondistas, no fuera el caso que, al mantenerse las tropas españolas en Lorena, pudiera causar la impresión entre los franceses de que estaba tratando de anexionarse zonas del país. El principal éxito galo fue la reconquista de Rethel, en diciembre de 1650, y la posterior derrota de la fuerza frondista-española que había sido enviada para socorrer a la ciudad.

Con una España en auge, aunque no de forma contundente, durante el invierno de 1650-1651 se difundieron en el seno de las cortes francesa y española ciertos rumores que apuntaban a un final inminente de la guerra y al inicio de unas sólidas conversaciones de paz. De todos modos, si bien se podía pensar que la paz estaba a la vuelta de la esquina, Mazarino —siempre dispuesto a insistir en «l'opiniâtreté que les Espagnols ont pour la continuation de la guerre»— no veía razón alguna para esperar ningún progreso al respecto. Por el contrario, consideraba que, al menos por el momento, su pulso era demasiado débil como para obtener un acuerdo en términos que él pudiera considerar aceptables. «Il est à craindre», según comentaba,

que le bruit q'on fait à Paris, faisant espérer, et à Bruxelles et à Madrid, qu'il arrivera tousjours de plus grands desordres dans le royaume, ne les oblige aussy à n'escouter aucunes propositions de paix, et que l'archiduc et comte de Fuensaldaña, conseillez et pressez par Madame de Longueville et

42. Archives Générales du Royaume, Bruselas [AGR], SEG 249, fol. 233v, Felipe IV a Leopoldo Guillermo, 26 de febrero de 1651; *ibid.*, fols. 292v-293, Leopoldo Guillermo a Felipe IV, Bruselas, 13 de marzo de 1651.

[Turenne] ne fassent quelque declaration à mon prejudice, comme de ne vouloir pas traicter la paix avec moi, sachant que j'y suis tout-à-fait contraire et choses semblables...⁴³

La posición de la corte francesa se debilitó todavía más durante las primeras semanas de 1651. Ana de Austria, presionada por todos lados, se vio obligada a aceptar en febrero la puesta en libertad de Condé y sus compañeros encarcelados en Le Havre.⁴⁴ La transcendencia de este acontecimiento obligó a Mazarino a abandonar la corte y, en un movimiento que parecía truncar definitivamente el control de su poder, partir hacia el exilio, estableciéndose en el electorado de Colonia. De igual modo, también parecían ahora superados los obstáculos que habían impedido emprender con anterioridad las negociaciones de paz entre Francia y España. Pese a todo, la liberación de Condé no incidió en la renuencia de Mazarino a contemplar una paz inmediata con España. Cuando el nuncio papal en Colonia, Fabio Chigi, alertado por su colega de Madrid, informó a Mazarino de que la corona española permanecía firme en las tres cuestiones referidas a Portugal, Cataluña y Lorena, las cuales habían bloqueado la paz en 1648 y 1649,⁴⁵ la obstinación de Mazarino le llevó hasta el punto de oponerse a la retirada de los ejércitos franceses de Cataluña y de Lorena, y de no acceder a que Francia dejara de apoyar la rebelión portuguesa.

Sin darse cuenta al principio de que Mazarino mantenía contactos secretos con la reina regente de Francia, ni de que su influencia en la corte gala permanecía intacta, los ministros y diplomáticos españoles comenzaron a tratarlo como un peón potencialmente útil. De camino hacia Colonia, el cardenal pasó por la ciudad de Jülich, que desde 1622 estaba ocupada por los españoles [el autor remite al cap. 2 de su *Conflicts of empires*: «Garrisons and empire: Spain's strongholds in North-

43. *Lettres du Cardinal Mazarin*, III, p. 944, Mazarino a Le Tellier, 24 de diciembre de 1650.

44. BONNEY, «Cardinal Mazarin and the great nobility», p. 280.

45. *Lettres du Cardinal Mazarin*, IV, p. 115.

West Germany», n. de la t.]. Mazarino escribió una descripción de su recibimiento:

toute la cavallerie qui estoit dans la dicte place me vint au-devant à une journée de là. Je trouvoy la garnison sous les armes, à mon entrée. On me salua trois fois de tout le canon de la ville et de la citadelle chargé à balle, et on mit en garde devant mon logis une compagnie d'Espagnols avec un capitaine de la mesme nation... Enfin si l'Empereur y avoit esté, on n'auroit pas pu le traiter avec plus de respect. On fit le mesme salut royal à ma sortie, et comme je tesmoignois au dict seigneur Antonio de Pimentel qui m'accompagnoit, que j'estois confus de tous les honneurs que je recevois, il me repartit de fort bonne grace qu'ils m'estoient deubs en tout temps et en tous lieux, mais que les Espagnols particulièrement ne pouvaient assez m'en rendre dans le temps que je quittois la France.⁴⁶

Una respuesta que Mazarino debió encontrar gratificante, pese a que difícilmente se le pasara por alto la ironía que había detrás de las palabras del español.

Desde su exilio en la Residenzschloss del elector de Colonia, en Brühl, Mazarino instó a los ministros en París a que hicieran todo lo posible para reforzar las defensas francesas en Italia, Alsacia y los Países Bajos. «Pour la Flandre, j'ay dict et escrit beaucoup de fois qu'il falloit donner ordre à Arras; c'est une place dont la conquête donneroit plus d'avantage et de reputation aux ennemys que nulle autre».⁴⁷ También dispuso que San Quintín y Dunkerque fueran defendidas con firmeza. Sin embargo, la mayor prioridad a ojos de Mazarino seguía siendo, como antes, la preservación del control sobre Cataluña, que el cardenal consideraba clave si quería obtener de España el tipo de paz a la que él aspiraba. Cuando la trayectoria española había registrado sus niveles más bajos, en 1646, había transmitido la confianza a los plenipotenciarios franceses en Münster de su esperanza de que una Cataluña firmemente do-

46. *Ibid.*, IV, p. 122.

47. *Ibid.*, IV, p. 158.

minada por Francia pudiera ser canjeada algún día por los Países Bajos españoles.⁴⁸ Tal adquisición no sólo convertiría en invulnerable la cuenca de París, sino que otorgaría a Francia la supremacía en Europa. En un escrito a Le Tellier enviado desde Brühl el 2 de mayo, Mazarino juzgaba la importancia de la cuestión catalana como «incomparablement plus que tous les autres qui sont à present sur le tapis, puisque c'est par là que le Roy aura une paix honorable, et quelque avantage que l'on puisse avoir ailleurs, s'il réussit aux Espagnols de remettre cette province-là dans leur obeissance, on ne peut pas espérer, à mon avis, d'obtenir la paix qu'à des conditions tres préjudiciables, pour ne pas dire honteuses».⁴⁹

Es evidente que la brecha abierta entre las dos cortes era, tal como venía siendo desde mayo de 1648, demasiado profunda para que pudiera establecerse ningún puente. En efecto, en mayo de 1651, una parte importante de Cataluña (incluidas las ciudades de Lérida, Tortosa, Tarragona y Vic) estaban de nuevo y firmemente en manos del rey de España. Sólo Barcelona —que hasta entonces se había negado a admitir una guarnición francesa, pero que al final había accedido a ello ante el avance de las tropas castellanas—, Montblanc, Cadaqués, Rosas, Balaguer y Cervera permanecían bajo ocupación francesa, junto con algunas zonas montañosas del interior. En las instrucciones enviadas en ese momento al archiduque en Bruselas, Felipe IV le ordenaba entablar negociaciones de paz, si bien especificaba que los franceses deberían retirarse del principado de Cataluña en su totalidad, por mucho que el monarca estuviera dispuesto —debido al «deseo que tengo de la paz y de castigar debidamente al rebelde [el nuevo rey] de Portugal»— a renunciar a los condados de Rosellón y Cerdaña, un pequeño aunque estratégico territorio situado sobre ambas vertientes de los Pirineos, y cederlos a Francia.⁵⁰

48. *Ibid.*, IV, p. 156n.

49. *Ibid.*

50. «Copia de carta de su Magestad para el señor Archiduque Leopoldo Guillermo sobre el tratado de la paz» (1 de mayo de 1651), BL, ms. Add. 14000, fols. 190v-191r;



MAPA 2. La guerra catalana: 1648-1659

En las mismas instrucciones también se requería que los franceses retirasen todas sus tropas de Portugal y que dieran por terminado cualquier tipo de apoyo a la rebelión lusa.⁵¹ En Italia, una vez recuperados

Josep SANABRE, *El tractat dels Pirineus: els seus antecedents*, R. Dalmau, Barcelona, 1961, pp. 26-27.

51. BL, ms. Add. 14000, fol. 192.

Piombino y Porto Longone, el principal objetivo era ahora expulsar a los franceses de las tierras del duque de Mantua, incluyendo Monferrato y, particularmente, Casale. A cambio, el rey español estaría dispuesto a evacuar varias ciudades y fortalezas capturadas a los franceses y a los saboyanos durante el año anterior, la más importante de las cuales era la fortaleza fronteriza saboyana de Vercelli. El monarca hacía hincapié, sin embargo, que sólo la devolvería a Saboya en caso de que los franceses evacuaran *de verdad* [cursiva del autor] Casale.⁵² En los Países Bajos, el propósito español prioritario era, tal como Mazarino suponía, la recuperación de Arras, y no tanto la de Dunkerque, una indicación de que Felipe planeaba mantener la ventaja estratégica, acuartelar numerosas tropas en ciudades sólidamente fortificadas ubicadas en el camino a París y potenciar al máximo la influencia de España dentro de Francia.⁵³ Finalmente, por encima de las exigencias referidas a Cataluña, Italia y los Países Bajos meridionales, el soberano español continuaba insistiendo en la plena restitución de las tierras del duque de Lorena.⁵⁴ En cuanto al lugar donde desarrollar las negociaciones, Felipe estaba de acuerdo en que sería más fácil y rápido negociar entre París y Bruselas, en lugar de París y Madrid, y designó al conde de Fuensaldaña como su plenipotenciario principal.

Mazarino consideró insufrible la actitud española. Se quejó a Lionne de que, si bien los recursos de España se habían agotado y su imperio estaba al borde del colapso, «les Espagnols [...] se conduisent avec un insolence non pareille dans la négociation de la paix, faisant des propositions avec un tel mespris, qu'ils auroient honte de les faire au dernier prince de l'Europe».⁵⁵ Desde su refugio en Brühl, el cardenal no sólo se mantuvo en estrecho contacto con la reina regente y sus asesores, sino que sacó partido inteligentemente de las tensiones y recelos

52. *Ibid.*, fol. 192v; SANABRE, *El Tractat*, p. 27.

53. «La villa de Arras», asegura el rey en varias ocasiones en los despachos de Bruselas, «es la que mas he deseado recuperar», *ibid.*, fol. 194.

54. *Ibid.*, fol. 194v.

55. *Lettres du Cardinal Mazarin*, IV, p. 254.

que existían entre los diferentes sectores de la oposición frondista, especialmente la que concernía a la desconfianza imperante sobre las pretensiones e intenciones de Condé. Gracias a la trama urdida mediante sobornos e intrigas, el cardenal consiguió alejar de las filas de la oposición frondista a varias figuras poderosas, en particular a Turenne y su hermano mayor, el duque de Bouillon. Este último había conspirado desde siempre contra el poder del rey de Francia y, en 1642, había sido obligado a ceder a la corona su principado soberano de Sedán, pero ahora volvía a ser leal al rey (aunque a un precio muy alto) y retornaba su animadversión hacia Condé.⁵⁶ Al mismo tiempo, Mazarino salía airoso de sus intentos para impedir que Condé, volcado en sus esfuerzos por dominar la corte, retirase de las posiciones de poder e influencia a sus propios clientes y aliados más importantes. Ya en junio, Mazarino presagiaba que Condé estaba en connivencia con España y que ésta era la razón principal para la «insolencia» de las autoridades españolas en Bruselas.⁵⁷

A principios de ese mismo mes, los españoles comenzaron a sospechar que, en Brühl, Mazarino estaba involucrado en una actividad «très prejudiciable aux interests du roy d'Espagne et à l'*Augustissima Casa*». Por su parte, el cardenal empezó a temer por su seguridad, a pesar de la protección dispensada por el elector. Sabía que si los ministros españoles en Bruselas decidían intentar arrestarle, podrían enviar con facilidad una unidad de caballería de doscientos o trescientos hombres y raptarle ante las mismas narices del elector. «Il ne faut pas douter —señaló quince días después a Peñaranda a través del comandante español en Jülich, tras un intercambio de mensajes— que le dict comte ne soit informé que la reine continue d'avoir toute confiance en moy».⁵⁸

Mientras tanto, la ofensiva española proseguía en todos los frentes. En Cataluña, los castellanos tomaron Montblanc, rodearon Barcelona y, en agosto de 1651, iniciaron el asedio final de la ciudad por tierra, a la

56. BONNEY, «Cardinal Mazarin and the great nobility», pp. 827-828.

57. *Lettres du Cardinal Mazarin*, IV, p. 254.

58. *Ibid.*, IV, pp. 288, 311.

vez que una flota de dieciséis buques de guerra y veintitrés galeras bloqueaba el puerto desde el mar.⁵⁹ En el ejército sitiador se contaban unos 3.300 alemanes e italianos enviados desde Milán. En los Países Bajos, el ejército de Flandes cercó el saliente francés en el Flandes occidental a principios de septiembre, retomando Furnes (Veurne), seguida de Bergues-Saint-Vinox (Sint-Winoxbergen). «Je crains fort —escribió Mazarino al gobernador de Dunkerque con fecha 8 de octubre— que la perte de Bergues, qui vous empeschera de vous ayder des contributions, comme vous avez faict par le passé, n'entraîne aussy celle de Dunquerque».⁶⁰ En una carta a Mercoeur, redactada un par de semanas más tarde, tras su huida de Brühl, Mazarino arremetía contra la oposición principesca, en especial Condé, a quien acusaba de exponer «la Catalogne à une perte evidente, dont la conservation estoit le fondement le plus solide qu'on pouvoit avoir pour contraindre les ennemis à la paix» y de ser la causa «de toutes les pertes qu'on a faictes du costé de la mer, qui seront bientost suivies de celles de Mardik et de Dunquerque, les ennemis n'oubliant rien pour profiter de l'occasion présente».⁶¹

Entretanto, Condé optó por renunciar a sus intentos de intimidación de la corte, abandonó París en septiembre y unió su suerte a la de la creciente rebelión frondista en Burdeos y la Guyena (provincia de la que había sido nombrado gobernador), al mismo tiempo que intensificaba sus contactos con la corte española a través de su agente, Pierre Lenet.⁶² Esta situación condujo a una alianza formal entre Condé y la corona española, firmada el 6 de noviembre de 1651, según la cual el primero colaboraría con España por tierra y por mar; no negociaría con la corona de Francia, a excepción que lo hiciera de forma conjunta con España, y proporcionaría a los españoles bases militares y navales en la Guyena. Poco después, una armada española comandada por el barón

59. DE LA RONCIÈRE, *Histoire*, v, pp. 195-200.

60. *Lettres du Cardinal Mazarin*, iv, pp. 458, 472; A. CHÉRUÉL, *Histoire de France sous le ministère de Mazarin, 1651-1661*, 3 vols., Hachette, París, 1882, I, p. 29.

61. *Lettres du Cardinal Mazarin*, iv, p. 472.

62. CHÉRUÉL, *Histoire de France*, I, pp. 31-32.

de Batterville, enviada desde San Sebastián, llegó al estuario de la Gironda. Los españoles capturaron Talmont y la fortaleza de Bourg-sur-Gironde, en la que se instaló una guarnición de tropas irlandesas, pagadas por España y encabezadas por don José Osorio.⁶³ Por su parte, Condé y su pequeño ejército capturaron Libourne y Périgueux.

Mazarino, tan prolífico en proyectos como siempre, se apresuró en sacar provecho del fracaso de los ministros españoles al intentar reconciliar al duque de Lorena con su viejo enemigo, Condé, y persuadirle para que se uniera a la nueva liga. Lorena, por el momento, prefería mantener todas sus opciones abiertas y inició negociaciones con Mazarino. El duque Carlos ofreció poner los 10.000 hombres de sus tropas del lado francés, contra España y los *frondeurs*, a cambio de la restitución de sus tierras. Con el fin de persuadir a Lorena para que ingresara en la alianza con España, Condé había ofrecido transferir al duque las tres *places fortes* en Lorena —Stenay, Clermont y Jametz— que estaban bajo control de tropas frondistas que le eran leales. En una carta confidencial enviada desde Dinant, en el obispado de Lieja, fechada el 29 de noviembre de 1651, Mazarino informó que el secretario de Lorena (con quien estaba negociando) había visto el tratado entre Condé y los españoles y que «Fuensaldaña avoit fait ses derniers efforts pour obliger M. de Lorraine de le signer aussy», pero sin éxito; él, por su parte, aconsejó a la corte que cerrara el trato con el duque Carlos, en que se le ofrecía restituirle la mayor parte del territorio que se había perdido, pero por el que la corona francesa seguía con guarniciones en Nancy, Stenay y Marsal para garantizar de este modo que Lorena ya no representaría más un obstáculo estratégico para Francia.⁶⁴ Estas negociaciones continuaron intensamente durante las siguientes semanas. El 20 de diciembre de 1651, Mazarino informaba desde Bouillon «que j'ay fort avancé l'accommodement de M. de Lorraine et empesché jusqu'à present qu'il ne s'engageast pour de nouveaux traitez, avec les Espagnols»

63. *Ibid.*

64. *Lettres du Cardinal Mazarin*, IV, pp. 523-524.

y que tampoco entrara en la liga entre Condé y España, por la cual «on ne feroit point de paix avec le Roy que conjointement».⁶⁵

La culminación de la ofensiva española (1652)

El resurgimiento español alcanzó sus éxitos más impresionantes durante 1652, aunque sus tropas también sufrieron notables reveses a lo largo de este año crucial. Tanto en Madrid como en Bruselas, los ministros estaban impacientes por aprovechar al máximo la ocasión surgida a raíz de los tumultos en Francia para restaurar la hegemonía de España en Europa, lo que no era óbice para que, al mismo tiempo, la corte hispana estuviera deseosa por resolver y terminar la lucha mientras el contexto estratégico general la favoreciese. Felipe se mostraba satisfecho con las victorias y conquistas logradas, pero también estaba decidido a obtener los términos que fueran acordes con su «grandeza», que permitieran conservar su «reputación» y que reflejaran el cambio que había tenido lugar en el equilibrio de poderes. He aquí lo que precisamente imposibilitaba un acuerdo mientras Mazarino permaneciese al frente de los destinos de Francia, pues el cardenal se oponía incorregiblemente a todo aquello que no fuera el reconocimiento español de la supremacía de la corona francesa.

La mayor parte de Cataluña estaba de nuevo bajo control castellano. El terrible sitio de Barcelona se prolongó un mes tras otro, tiempo en que la tenaz resistencia de sus habitantes se vio fortalecida por una guarnición de 3.000 soldados franceses y suizos.⁶⁶ Mazarino hizo todo lo posible para movilizar recursos que permitieran lanzar una contraofensiva y salvar Barcelona, teniendo en cuenta que gran parte de Francia estaba sumida en un estado de desorden crónico que le impedía hacer gran cosa. Mientras tanto, la lucha proseguía en la Guyena y los

65. *Ibid.*, IV, p. 552.

66. CHÉRUEL, *Histoire de France*, I, p. 30.

españoles reanudaban su ofensiva en Flandes. Una vez conseguida una importante aportación económica de los Estados de Flandes a fin de recuperar aquellas partes de la provincia que seguían en manos francesas,⁶⁷ el archiduque sitió Gravelinas el 11 de abril. Tras un asedio de cinco semanas, esta ciudad-fortaleza costera acabó por entregarse a finales de mayo. Con Gravelinas en su poder, los españoles podrían endurecer el bloqueo de Mardijk y Dunkerque, aunque el archiduque decidió no sitiar esta última en ese momento, a causa de la situación en Francia y de las reiteradas peticiones de Condé para que el ejército de Flandes acudiera en su ayuda.⁶⁸

La lucha librada en Francia había alcanzado un momento crucial. Mazarino, de vuelta en enero de 1652 al frente de una tropa compuesta por 6.000 mercenarios alemanes, había bordeado París, donde el sentimiento frondista se mantenía bien firme, y se había centrado en pacificar el valle del Loira. Condé, tras la derrota de sus fuerzas en la Guyena, en Agen, en marzo, y confiando, pese a todo, en que Burdeos no era objeto de una amenaza inmediata, había avanzado desde el sudoeste hasta París, consciente de que el resultado de la lucha por el poder se decidiría allí.⁶⁹ Entretanto, el duque de Lorena había invadido el país desde el este y acampado cerca de París, aunque no estaba claro de qué lado estaba o a quién se uniría.⁷⁰ Como persistía en su negativa de cooperar con Condé, decidió reanudar sus negociaciones con Mazarino. A esto siguió una acción del ejército real comandado por Turenne, que llevó a una encerrona y casi destruyó la fuerza frondista de Condé en una batalla librada cerca de la Bastilla, en el suburbio parisino de Faubourg Saint-Antoine, un revés que hizo saltar las alarmas en Madrid y Bruselas. A pesar de este desastre casi total, que tuvo lugar el 2 de julio de 1652, Condé había logrado por el momento atrincherarse en París, alentado

67. AGR, SEG 253, fol. 37, Felipe IV a Leopoldo Guillermo, Madrid, 11 de julio de 1652.

68. *Ibid.*, fol. 58, Felipe IV a Leopoldo Guillermo, Madrid, 16 de julio de 1652.

69. RANUM, *The Fronde*, p. 323.

70. *Ibid.*, pp. 324-326.

por la fuerza del sentimiento frondista que continuaba vivo en la ciudad, y mantener al ejército monárquico fuera de la misma. La corte real, por su parte, deambuló durante los meses de verano alrededor de la ciudad, entre Saint-Denis, Pontoise y Compiègne. El archiduque, que había recibido instrucciones de Madrid de dar prioridad a la ayuda a Condé por encima de cualquier otra cosa, incluida la posibilidad de recuperar Dunkerque, mandó al ejército de Flandes, con Fuensaldaña al frente, a Francia, camino de París.⁷¹ Los españoles avanzaron hasta Chauny, relativamente cerca de Compiègne y a más de dos tercios de la distancia entre Bruselas y París. Desde su campamento en Chauny, Fuensaldaña informaba por escrito a don Luis de Haro, con fecha del 20 de julio, que el duque de Lorena colaboraba de nuevo con él y que había unido sus tropas a las de España.⁷² Con la ayuda lorenesa, el ejército español en Chauny alcanzaría los 25.000 hombres.

Mientras tanto, el conflicto en el suroeste había llegado a una etapa decisiva aunque impredecible. En Burdeos, el grupo dirigente había sido derrocado por un movimiento radical de tenderos y artesanos conocido como la *Ormée*, que pronto mostraría no sólo su oposición a Mazarino, sino también un fuerte sentimiento antimonárquico y republicano. La *Ormée* vino a reforzar la alianza de la ciudad con Condé y con España. Durante el mes de julio, con el apogeo de la contienda en París, una fuerza naval frondista-bordelesa, comandada por el conde du Daugnon, logró capturar Brouage y repeler el contraataque de un destacamento naval monárquico. Los bordeleses unieron entonces sus naves con las de la armada llegada desde San Sebastián, que incluía buques españoles y flamencos, si bien el mayor contingente estaba formado por diez embarcaciones napolitanas bajo el mando de Marino di Masibradi. Esta flota conjunta hispano-napolitano-flamenco-bordelesa navegó hacia el norte, resiguiendo la costa francesa, e intentó de

71. AGR, SEG 253, fol. 99v, Leopoldo Guillermo a Felipe IV, sin fechar (¿12 de junio?), 1652.

72. BL, ms. Add. 14000, fol. 199v; CHÉRUÉL, *Histoire de France*, I, pp. 249-252; II, p. 91.

capturar La Rochelle, pero fue derrotada el 9 de agosto en la batalla de la Île-de-Ré por una flota monárquica formada por veintiséis naves y 5.300 hombres, con el duque de Vendôme al frente.⁷³

España no trataba de desmembrar Francia ni tampoco pretendía conquistar más territorio. Los informes españoles dejan suficientemente claro que la invasión hispánica de 1652 por dos frentes franceses (a través del avance hasta Chauny, en el norte, y hasta la Île-de-Ré, en el suroeste), se contemplaba en Madrid como la preparación del terreno para una paz que continuaba pendiente de ser negociada. Respecto a los objetivos españoles, no había en ellos nada de irrazonable, contradictorio o impreciso. Tras los avances de su armada y de su ejército en Francia, el rey envió nuevas instrucciones a Bruselas, datadas el 21 de agosto, por las que autorizaba al archiduque —a través de Fuensaldaña— a emprender conversaciones inmediatas al más alto nivel para poner fin a la guerra.⁷⁴ Como paso preliminar, Felipe pidió que la corte francesa ordenara a la guarnición de Barcelona que capitulara ante sus tropas asediadas, y también endureció sus condiciones en otros aspectos. Por ejemplo, cambió su postura respecto al Rosellón, reclamando la restitución del condado y, en cuanto a los Países Bajos, exigió la devolución de Arras, Dunkerque y La Bassée. Además, al tiempo que la corte española seguía insistiendo en la evacuación completa de Cataluña, el rechazo de la revuelta de Portugal y la restitución de la totalidad de Lorena al duque Carlos, los ministros de Felipe IV añadían a sus exigencias que Condé y otros príncipes rebeldes fueran restablecidos en todos sus cargos y posesiones.⁷⁵ Para no herir el orgullo francés, España entregaría una serie de ciudades en Artois y Luxemburgo que habían sido tomadas por Francia en la década de 1640 y que continuaban en sus manos, concretamente Hesdin, Thionville y Damvillers.

73. DE LA RONCIÈRE, *Histoire*, v, pp. 183-188.

74. BL, ms. Add. 14000, fols. 199v-201, Felipe IV a Leopoldo Guillermo, Madrid, 21 de agosto de 1652.

75. *Ibid.*, fol. 200.

En tanto que Mazarino siguiera siendo el hombre fuerte en Francia, no había la menor posibilidad de que los ministros de Luis XIV accedieran a nada que se pareciera a este tipo de condiciones. Por el contrario, el cardenal seguía sosteniendo obstinadamente que resultaba vital para Francia la conservación de Barcelona «qui seule est capable de nous donner la paix générale». Si Cataluña no recibía una ayuda rápida y a gran escala, según advertía a Le Tellier desde Sedán el 7 de septiembre, «elle se perdra; et avec cette province-là, les esperances de la paix». ⁷⁶ Sin Cataluña, Mazarino no concebía cómo la corona francesa podría ejercer una supremacía general sobre España, eliminar la amenaza estratégica hispana sobre París y sobre «le coeur de la France» o imponer su hegemonía en Europa. Por las mismas razones, Mazarino no tenía la menor intención de abandonar Portugal para que los castellanos la reconquistaran y se oponía completamente a la reincorporación de Arras y Dunkerque a los Países Bajos españoles. Tampoco estaba dispuesto a ceder terreno en Italia o Lorena, renunciar al Rosellón o compensar a los príncipes.

El abismo era insalvable. Mazarino podía ser egoísta, codicioso y extremadamente intransigente, pero también se dio cuenta, de manera correcta, de que la monarquía a la cual servía se encontraba ahora en una coyuntura crucial. En caso de que la rebelión de los príncipes, alimentada y reforzada por España, triunfara y lograra poner al rey de Francia de rodillas, el resultado inevitable sería el de una subordinación permanente, tal vez irreversible, del poder y de la autoridad real a una conjunción de fuerzas internas y externas que relegarían Francia a una posición de inferioridad estructural en Europa durante el tiempo que perdurara la alianza entre los príncipes y la corona española. Era precisamente en estos términos en los que Mazarino entendía la situación: «Comme les princes», explicaba en septiembre de 1652,

on interest à l'affoiblissement de l'autorité et de la puissance du Roy, lequel ne pourrait recevoir un plus rude coup que s'il estoit obligé de faire

76. *Lettre du Cardinal Mazarin*, v, pp. 171-219.

la paix aux conditions qu'on propose, et d'ailleurs M. de Lorraine ayant le mesme interest, et en outre celuy de se voir hautement restably dans ses estats par la paix générale, il est à craindre que tous conjointement n'employassent l'artifice et la force pour nous contraindre à consentir à ce que ledict sieur duc auroit... proposé aux Espagnols, qui ne consiste pas seulement à abandonner le Portugal et la Catalogne, rendre le Roussillon, Arras, Béthune, et la Bassée, à restituer ses Estats à M. de Lorraine, et de restablir les princes et tous leurs adhérents (ce qui veut dire perdre généralement de tous costez); mais le Roy et l'estat souffriroient encore un préjudice plus notable qui seroit de souffrir, avec une honte et un dommage irréparable, que les Espagnols fussent les arbitres, tant dedans que dehors le royaume; que M. de Lorraine, restably par leur moyen, leur en eust toute obligation et demeurast à jamais lié avec eux, et que les princes en fissent de mesme, conservant, par ce moyen, un party formé en France, à la devotion de l'Espagne, pour empescher l'autorité royale de se relever et pour remuer toutes fois et quantes qu'ils le croiroient nécessaire pour leurs interests, avec assurance d'estre assistez des Espagnols.

En opinión de Mazarino, la consecuencia inevitable sería que el rey francés se convertiría en «tousjours foible et languissant, son pouvoir soumis à celuy des princes, et enfin les affaires du royaume en un estat mille fois pire que lorsque les grands et ceux de la religion le partageoient, et qu'on n'avoit encore faict aucun progrez sur les Espagnols», una situación que era peor que durante las guerras de religión del siglo XVI.⁷⁷

La fórmula de Mazarino para rescatar a la corona francesa de su apurada situación consistía, por un lado, en redoblar los esfuerzos a fin y efecto de restablecer la autoridad del rey dentro de Francia, a golpe de sobornos pero con el mínimo de concesiones políticas a Condé, Lorena y al resto de príncipes; por el otro, en forzar al máximo la retención de Cataluña y de las *places fortes* conquistadas en los Países Bajos e Italia, hasta que finalmente la marea militar cambiara de sentido. Aunque la misión de alejar a Condé o a Lorena de España resultaba esencial, lo más

77. *Ibid.*, v, p. 267.

importante era, en opinión de Mazarino, el envío de refuerzos a Flandes, Italia y especialmente Cataluña: «Si Dieu nous faisoit la grace que nous puissions sauver Barcelonne —según detallaba— j'oserois respondre de la paix à d'autres conditions qu'à celles que les Espagnols esperent de la faire; c'est pourquoy —instaba a Le Tellier— au nom de Dieu, pressez toutes choses pour cela». ⁷⁸ «Nonobstant toutes les peines qu j'ay prises —añadía el cardenal con tono pesimista tres días después— la Catalogne se perd, et le Roy [de Francia] en souffre un prejudice qu'on ne scauroit réparer en des siècles entiers». ⁷⁹

A pesar de todo, era obvio que en ese momento no sólo en Cataluña, sino también en Flandes e Italia, los franceses se estaban enfrentando a una gran derrota. Algunas semanas antes, en parte bajo la presión de los Estados flamencos, el archiduque había retirado el ejército de Flandes de Francia, dejando únicamente al duque de Lorena para hacer frente al ejército real francés de Turenne (y, ya de paso, para saquear la Champaña). ⁸⁰ Poco después, se reanudó la ofensiva española en el Flandes occidental, avanzando gradualmente las líneas de asedio alrededor de Dunkerque. Tras repetidos asaltos y un intenso bombardeo, la guarnición francesa de esta ciudad se rindió a mediados de septiembre. Mientras tanto, en Italia, donde el duque Carlo II de Mantua-Monferrato había conspirado durante algún tiempo con las autoridades españolas en Milán, Mantua había roto formalmente su neutralidad y firmado una alianza con España. En virtud a un tratado adicional firmado en septiembre de 1651, el gobernador de Milán, el marqués de Caracena, había prometido —a cambio de la ayuda del duque para expulsar a los franceses de Casale— entregar la fortaleza, una vez hubiera sido capturada, y dejar que el duque instalara en ella una guarnición de sus propias tropas. ⁸¹

78. *Ibid.*, v, p. 269.

79. *Ibid.*, v, p. 291.

80. AGR, SEG 253, fols. 150, 192, Leopoldo Guillermo a Felipe IV, Bruselas, 23 de agosto y 18 de septiembre de 1652.

81. Robert ORESKO y David PARROTT, «The sovereignty of Monferrato and the citadel of Casale as European problems in the early modern period», en D. Ferra-

Por cuarta vez en su historia, el ejército español de Milán sitiaba Casale en julio de 1652. Después de tres meses de asedio, sus habitantes se levantaban contra los franceses y forzaban que la guarnición se replagara dentro de la ciudadela, permitiendo que los españoles entrasen en la ciudad. Finalmente, el 20 de octubre los españoles soltaron una mina de asedio, causando graves daños en la ciudadela, acción que culminó al cabo de dos días con la rendición de los franceses. Una semana más tarde, y siguiendo los términos de su acuerdo con Mantua, las tropas españolas se marcharon, dejando la tan disputada fortaleza en manos del ejército ducal, una situación en la que permanecería durante el resto de la guerra franco-española e incluso posteriormente.⁸²

Mientras tanto, fracasaba el intento definitivo de Mazarino para salvar Barcelona. Una escuadra de auxilio que trasladaba tropas y suministros, escoltada por ocho naves de guerra, zarpó de Marsella y llegó, a finales de julio, a Sant Feliu de Guíxols. Los franceses fueron avistados desde Barcelona el 3 de agosto. En los cuatro días que siguieron, se llevaron a cabo enérgicas maniobras con las que los franceses intentaron por todos los medios sortear el bloqueo de la flota de don Juan. Al darse cuenta de que era imposible conseguirlo, y ya que no se quería correr el riesgo de una batalla abierta contra la flota española, que era más poderosa, los franceses optaron por la retirada el 7 de agosto y navegaron de regreso a Francia. Barcelona resistió durante otros dos meses antes de rendirse, definitivamente, el 11 de octubre. En las semanas posteriores, el ejército castellano también experimentó un rápido progreso en las zonas más septentrionales de Cataluña, consiguiendo la toma de Cadaqués, el bloqueo de Rosas —la última guarnición francesa significativa que quedaba en el principado— y, en poco tiempo, la recupera-

ri y A. Quondam, eds., *Stefano Guazzo e Casale tra cinque e seicento*, Milán, 1997, pp. 59-61.

82. *Ibid.*, p. 62. La afirmación de Stradling de que «cuando Caracena tomó Casale en 1652, tuvo que ser abandonada inmediatamente, pues no tenía hombres suficientes para su guarnición» es, naturalmente, absurda: STRADLING, *Europe and the decline of Spain*, p. 126.

ción del control de amplios sectores del Rosellón y la Cerdaña. La guerra catalana parecía que llegaba a su fin. En medio de la creciente euforia que se vivía en la corte española a raíz de las sucesivas victorias de Gravelinas, Dunkerque, Chauny, Casale, Barcelona y Cadaqués, Felipe IV escribió el 31 de octubre al archiduque Leopoldo Guillermo en Bruselas para expresarle su deseo de llegar, en la máxima brevedad posible, a un acuerdo final con Francia.⁸³ El archiduque recibió instrucciones de iniciar conversaciones y colaborar estrechamente con Condé, a fin y efecto de asegurar que, en los términos de paz definitivos, los intereses de los príncipes rebeldes se protegieran en todos los sentidos. Con casi la totalidad de Cataluña de nuevo bajo la corona española, todo lo que se requería para la paz era —según el parecer de Felipe y sus ministros— que la corte francesa aceptara la restitución completa del territorio y la independencia de Lorena, satisficiera a Condé, prometiera no prestar más ayuda a Portugal, cediera Arras y la mayor parte del Artois y entregara el resto del Rosellón a cambio de Hesdin, Thionville y Damvillers (que los franceses ya ocupaban).

De más está decir que, tras la caída de Dunkerque, Barcelona y Casale en favor de los españoles, no se dieron más oportunidades de las ya se habían tenido antes para que la corte francesa aceptase algo que se asemejara a estos términos. Así, Mazarino se mantuvo firme en que, si cedía a la presión para firmar la paz en esta coyuntura, tal decisión tendría consecuencias catastróficas para la corona francesa: «Je vous laisse à penser», escribía a Le Tellier el 14 de octubre, que

si le Roy, aprez la perte de plusieurs batailles, pourroit estre conseillé à faire une paix par laquelle le Roy d'Espagne, non seulement eust son compte, mais aussy devinst l'arbitre de toutes choses en France, en forçant sa Majesté à restablir M. de Lorraine et M. le Prince, et a leur departir des graces, lesquels, par gratitude et par interest, seroient tousjours attachez aux interests d'Espagne et à sa devotion; joint que cette paix ne dureroit qu'autant

83. BL, ms Add. 14000, fol. 203, Felipe IV a Leopoldo Guillermo, Madrid, 31 de octubre de 1652.

de temps que sa dite Majesté seroit resolue de faire aveuglement tout ce que le Roy d'Espagne et lesdicts princes voudroient.⁸⁴

España y la supresión de las Frondas (1653-1654)

Firme o no, el caso es que Mazarino quedó profundamente abatido por las derrotas francesas acontecidas en otoño de 1652, las cuales, de hecho, parecían presagiar una nueva hegemonía española en Europa. El cardenal se había mostrado reacio a creer los primeros informes que anunciaban la pérdida de Barcelona y Casale, y el 12 de noviembre aún insinuaba a Le Tellier que si «ces deux malheurs-là sont veritables, j'ay trop de passion pour le service du Roy pour avoir aucune joye de ma vie, voyant qu'il est presque impossible de remedier à ceux qui arriveron ensuite à l'estat, et je vous diray, en outre, du meilleur de mon coeur, que Dieu m'auroit faict une grande grace d'abreger mes jours pour ne me laisser voir tant de funestes effects de la rage des mauvais François».⁸⁵ A juicio de Mazarino, entre las consecuencias más desastrosas estaba el golpe que había sufrido el prestigio francés en Italia. El riesgo inmediato de mayor gravedad para la posición de Francia recaía en una posible deserción de Saboya: era muy urgente —según reprendía a sus colegas— que se tomaran todas las «precautions necessaires avec la maison de Savoye, afin que, par l'apprehension des Espagnols, ou par leurs cajoleries, elle ne se laisse pas aller a faire quelque union avec eux au prejudice du Roy».⁸⁶

Sin embargo, a pesar del impresionante triple triunfo de las tropas españolas en Italia, Cataluña y Flandes en aquel otoño de 1652, fue en esta etapa cuando el péndulo empezó a balancearse en contra de los aliados de España y en provecho de Francia, al menos en el interior del propio país. En el mismo mes de octubre de 1652, cuando Barcelona y

84. *Lettres du Cardinal Mazarin*, v, p. 390.

85. *Ibid.*, v, p. 458.

86. *Ibid.*

Casale habían capitulado ante los ejércitos españoles, Condé, acompañado por unos 3.000 hombres que le habían permanecido leales, se vio obligado a abandonar París, donde se había debilitado el apoyo a las Frondas, y a retirarse hacia el este, a través de la Champaña, hacia los Países Bajos españoles, consiguiendo a su paso el asedio y la toma de Rethel.⁸⁷ En noviembre, este pequeño ejército también logró capturar Sainte Menehould y Bar-le-Duc. Pero, tal como el archiduque Leopoldo Guillermo informó a Madrid el 2 noviembre, el apoyo al príncipe en Francia se había erosionado hasta tal punto que la única opción que le quedaba ahora era continuar la lucha en calidad de fuerza adicional de las tropas españolas en los Países Bajos.⁸⁸ Aun así, Condé tenía ahora afianzado un extraordinario cordón de *places fortes* en Champaña y Lorena, en la frontera con los Países Bajos españoles. Durante el invierno de 1652-1653, Condé decidió alojar parte de sus tropas en ambas regiones, y el resto en el Luxemburgo español.

Afianzado en el centro, según apuntaban todos los indicios, Mazariño y el rey-niño Luis XIV (que había llegado a la edad de quince años) se encontraban ahora en condiciones de organizar una campaña más eficaz de lo que había sido hasta el momento, que les permitiese sofocar las Frondas en las regiones más remotas de Francia, a la vez que contrarrestar los recientes logros españoles en Italia, Cataluña y Flandes. Durante los primeros meses de 1653, las tropas reales francesas tomaron la ofensiva tanto en el suroeste como en Alsacia, y el control del rey fue restaurado en extensas áreas. Al mismo tiempo, tropas de refresco fueron enviadas a Italia, donde Mazarino emprendió una ofensiva diplomática cuidadosamente orquestada para convencer a los príncipes y repúblicas de que la Monarquía francesa tenía «bonnes intentions pour la liberté de l'Italie pourvu qu'elle soit secondée par les princes qui ont

87. RANUM, *The Fronde*, p. 340; J. J. INGLIS-JONES, «The Grand Condé in exile: power politics in France, Spain and the Spanish Netherlands», tesis doctoral inédita, Universidad de Oxford, 1994, pp. 47-48.

88. AGR, SEG 253, fol. 296v, Leopoldo Guillermo a Felipe IV, Bruselas, 2 de noviembre de 1652.

plus d'intérêt que jamais de s'y appliquer, vu la puissance dont sont accrus les Espagnols, et le dessein qu'ils font paroître plus que jamais, par l'oppression de cette noble province, de parvenir à la monarchie universelle». ⁸⁹ Fue un mensaje que no pasó, ni mucho menos, inadvertido. En este momento, en varios estados italianos había una oleada de preocupación derivada de los recientes éxitos españoles, junto a una especie de reacción antihispánica, sobre todo en Génova, donde la tradicional alianza con España había sido sometida a una tensión considerable en el período 1652-1655, debido al fortalecimiento de la facción local profrancesa y a la acentuación de las divisiones internas en el seno de la república. ⁹⁰

En esta coyuntura resultó ser especialmente importante el avance de las tropas reales galas hacia el suroeste de Francia, donde Mazarino había allanado el camino al ganarse al almirante Du Daugnon gracias a un magnífico soborno a base de 500.000 libras, una amnistía total, el rango de mariscal de Francia y su admisión en la augusta Orden del Saint Esprit. Con esta acción, se fraguaba la recuperación de Brouage y se aseguraba La Rochelle. ⁹¹ Las tropas monárquicas se desplegaron por todo el suroeste y, en marzo de 1653, ya controlaban gran parte de la región. Y siguieron más victorias reales. «Bazas ha capitulado», comunicaba Conti a Condé el 17 de abril, señalando que, aparte de Burdeos, sólo Libourne, Bourg, Bergerac, Sainte Foix, Tartas y Périgueux estaban todavía en plena rebelión contra la corona y que, durante los últimos días, los *frondeurs* habían perdido todas sus posiciones sobre el Garona. ⁹²

89. *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu'à la Revolution Française: Savoie, Sardaigne et Mantoue*, I, H. de Beaucaire, ed., F. Alcan, París, 1898), pp. 26-29.

90. Felipe RUIZ MARTÍN, *Las finanzas de la monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV (1621-1665)*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1990, pp. 148-149.

91. DE LA RONCIÈRE, *Histoire*, V, p. 201.

92. Citado en S.A. WESTRICH, *The Ormée of Bordeaux: A revolution during the Fronde*, Hopkins University Press, Baltimore, 1972, p. 117.

Aun así, por el momento los ormistas mantenían su control sobre Burdeos y parecían tan firmes como siempre tanto en su oposición a Mazarino como en su alianza con Condé y España, alimentando sus esperanzas con reiteradas garantías españolas que prometían el inminente regreso de la armada de San Sebastián. Felipe IV, tras retirar su flota durante el invierno para proceder a tareas de reparación y reabastecimiento, intentaba por todos los medios enviar otra vez al Garona unas fuerzas de proporciones considerables.⁹³ Entretanto, en abril de 1653, Madrid mandaba a Bruselas unas órdenes categóricas por las que el archiduque debía dar prioridad, por encima del resto de objetivos y consideraciones, a la intervención en Francia, con el fin de apoyar a Condé y avivar las brasas de las Fronidas.⁹⁴ Pero pronto la mayoría de las ciudades del suroeste de Francia que permanecían en rebelión y en manos españolas cayeron ante las tropas monárquicas. Así, Lormont-sur-Gironde, guarnecida con 575 soldados irlandeses pagados por España, se rendía el 26 mayo. El 15 de junio, el archiduque informó con tristeza a Madrid que, a pesar de la urgente necesidad de reactivar las Fronidas, se había visto obligado a retrasar la salida de su ejército debido a la falta de fondos y a la escandalosa actitud de los Estados de Flandes y Brabante, que, evidentemente, no estaban de acuerdo con la opinión de la corona de que la invasión de Francia era más importante que la recuperación de las ciudades de Artois ocupadas por los franceses.⁹⁵ Bourg-sur-Gironde, con sus 800 irlandeses acuartelados, se entregó el 4 de julio, seguida dos semanas después por Libourne.⁹⁶

93. AGR, SEG 254, fol. 13, Felipe IV a Leopoldo Guillermo, Madrid, 9 de enero de 1653.

94. *Ibid.*, fol. 221, Felipe IV a Leopoldo Guillermo, Madrid, 26 de abril de 1653.

95. AGR, SEG 255, fol. 80, Leopoldo Guillermo a Felipe IV, Bruselas, 15 de junio de 1653.

96. [Pierre COSTE], *Histoire de Louis de Bourbon II du nom Prince de Condé, premier prince du sang*, Colonia, 1693, p. 435 [Existe versión digital de la obra. URL: <http://books.google.es> + título de la obra].

Al final, la armada de San Sebastián volvió a aparecer en la desembocadura de la Gironda, aunque ya era demasiado tarde para salvar Burdeos, donde la *Ormée* había sido sofocada a finales de julio por un golpe monárquico desde dentro.⁹⁷ Conti, junto con los líderes frondistas del sur, abandonaron la lucha y en agosto pactaron la paz con Mazarino y el rey.⁹⁸ Como cabe suponer, todo ello resultó muy frustrante, tanto para la corte española como para el archiduque en Bruselas y para Condé. Además, la tensión entre éste y sus anfitriones en los Países Bajos españoles iba en aumento. Mientras el archiduque y Fuensaldaña enviaban protestas a Madrid por los aires altivos de Condé y sus deseos en dejarlos de lado;⁹⁹ éste, por su parte, se quejaba enfurecidamente de la actitud de ambos hombres, en especial de Fuensaldaña, a quien acusaba de poner obstáculos y de prestarle poca ayuda en todos los sentidos. Culpaba a los españoles de demasiada lentitud en el pago del subsidio previsto en el tratado de alianza con Felipe IV y de que, por ello, no había podido empezar sus movimientos hasta julio, momento en que un ejército real comandado por Turenne ya se encontraba sitiando Rethel. Dado que los españoles habían preferido penetrar en Francia por un punto situado más a poniente, en dirección a Saint-Quentin, en lugar de dirigirse hacia Rethel, Condé no había tenido más remedio que aceptarlo. El ejército de Flandes había entonces invadido hasta Roye y Montdidier, aunque con demasiada lentitud e indecisión para el gusto de Condé, quien creía que la mejor estrategia era una ofensiva rápida y desafiante hacia París, puesto que sus informes secretos, y también los de los españoles, revelaban que seguía latente el descontento frondista con Mazarino y la corona.¹⁰⁰ La situación era más frustrante, si cabe, en lo que respecta al ejército hispano-*condéan-*

97. WESTRICH, *Ormée of Bordeaux*, pp. 123-124.

98. Conti casó con una sobrina de Mazarino, Anna-Maria Martinozzi, y posteriormente fue colmado de favores: ORESKO, «Marriages of the nieces», pp. 122-123.

99. AGR, SEG 255, fol. 126, Felipe IV a Leopoldo Guillermo, Madrid, 12 de julio de 1653.

100. BL, ms. Add. 14007, fols. 136-137, Condé al conde de Fiesque, 28 de agosto de 1653.

lorenés, formado por casi 30.000 hombres, lo que significaba que era considerablemente más potente que el francés, pero que adolecía de escasa cooperación entre sus componentes y no podía sacar todo el provecho de su ventaja.¹⁰¹ Cuando Condé sorprendió al ejército de Turenne (acampado en el Somme, cerca de Péronne, el 13 de agosto), Fuensaldaña había tardado tanto en llegar que perdió la oportunidad de lanzar un ataque a gran escala. Se trataba de la cuarta invasión española importante en el norte de Francia desde 1648, si bien el único resultado tangible tras un sitio de tres semanas fue la toma de Rocroi en septiembre.

Con la aprobación del rey, Rocroi fue guarnecida con 1.500 soldados bajo el único mando de Condé. A principios de septiembre, tuvo lugar en Châtelet un encuentro un tanto desagradable entre el archiduque y Condé para examinar toda la cuestión de su colaboración estratégica, encuentro que situó la relación de ambos en sus cotas más bajas. El archiduque, que encontró a Condé insufrible y arrogante, y vió que le resultaría difícil trabajar con él, aseguró al rey que el príncipe había perdido prácticamente todos sus apoyos en Francia, que había sido abandonado por su «hermano, esposa, hermana, el duque de Rochefoucauld y los habitantes de Burdeos [...] y que era odiado por todos, sin siquiera la esperanza de reconciliarse con ninguno de ellos».¹⁰² Leopoldo Guillermo suplicó a Felipe que pusiera fin a su apoyo a Condé o que, al menos, lo redujera, sobre todo en el tema de los subsidios. Advirtió que el rey debía hacer la paz o, por el contrario, reforzar sustancialmente el ejército de Flandes. Y que, en caso de no hacer ninguna de estas cosas, «provincias y reinos enteros se perderán».

101. AGR, SEG 255, fol. 190, Leopoldo Guillermo a Felipe IV, Bruselas, 1 de agosto de 1653. La magnitud del ejército de Flandes, en marzo de 1653, se estimaba oficialmente en un total de 53.500 hombres, entre infantería y caballería, de los cuales 3.545 eran españoles y 2.414 procedían de la infantería italiana. AGS, Estado, leg. 2081, «Relacion de los oficiales y soldados que ay en la infanteria y cavaleria del exercito de su Magestad en los estados de Flandes».

102. AGR, SEG 256, fols. 35v-36v, Leopoldo Guillermo a Felipe IV, 6 y 7 de septiembre de 1653.

Por su parte, Condé estaba furioso por lo que consideraba una actitud excesivamente cautelosa y obstinada por parte de los oficiales españoles, cuyo efecto era, en su opinión, el de una verdadera retahíla de oportunidades perdidas. Casi toda Francia se encontraba de nuevo bajo control real, y en modo alguno de forma superficial. Con todo, sería erróneo sostener que, a efectos prácticos, las Frondas habían llegado a su fin. Transcurrido el mes de agosto de 1653, aún era percible un estado de ánimo generalizado de oposición y de resentimiento hacia la autoridad real, y no sólo en Burdeos, donde el grado de descontento era más fuerte. No sin cierta justificación —aunque también como muestra de una cínica indiferencia por aquellos intereses que no fueran los suyos propios— Condé persistió en su anhelo de que una mayor intervención española en Francia, especialmente el retorno de la armada de San Sebastián para impedir la exportación de vino de la región de Burdeos, podría provocar nuevos brotes de rebelión contra la corona.¹⁰³ Si bien se había perdido Rethel, todo un cordón de las fortalezas estratégicamente vitales —como La Capelle, Châtelet, Rocroi, Stenay o Landrecies— seguía en manos frondistas y españolas, lo que significaba una amenaza directa para la cuenca de París y para la autoridad de la corona francesa. Y pese a que la mayor parte de Alsacia estaba de nuevo bajo la influencia de Mazarino y la corona, su rebelde gobernador, el conde d'Harcourt, se mantenía desafiante y, en septiembre de 1653, firmó una nueva alianza con España y el duque de Lorena, un tratado que comportó la transferencia de Philippsburg a los loreneses y el matrimonio del hijo mayor de Harcourt con la hija del duque de Lorena, Anne.

Mientras tanto, los franceses lanzaron su contraofensiva en Cataluña. Un gran ejército de soldados franceses y catalanes exiliados, que sumaban unos 17.000 hombres y que estaban comandados por el mariscal Hocquincourt, efectuó una penetración desde el Rosellón hacia el sur, tomando Figueras y Sant Feliu de Guíxols y poniendo sitio a Ge-

103. BL, ms. Add. 14007, fol. 138; WESTRICH, *Ormée of Bordeaux*, pp. 132-133.

rona el 12 de julio. El asedio se prolongó durante setenta días hasta que, finalmente, después de experimentar dificultades considerables para reunir a duras penas una fuerza suficiente, don Juan avanzó y, tras algún combate encarnizado, provocó el levantamiento del sitio y la huida de los franceses de vuelta al Rosellón.

Al examinar la situación estratégica en las postrimerías de 1653, la corte española y Condé estaban de acuerdo en que era esencial evitar una dispersión excesiva de los recursos hispanos. En contraste con lo ocurrido en los años anteriores, el envío de numerosas tropas al suroeste de Francia tendría ahora que suspenderse. Mientras no concluyeran los enfrentamientos en el principado, era evidente que Cataluña se encontraba demasiado pobre y devastada por la guerra como para ser utilizada de base para una invasión a gran escala del sur de Francia. En cualquier caso, los franceses aún conservaban Rosas y, en diciembre de 1653, derrotaron una fuerza española cerca de Gerona. Por eso se consideró como «yndubitable» que la única vía efectiva para inmovilizar Francia en la defensiva y para conservar la iniciativa en manos españolas, pasaba por concentrar los recursos militares de España en Flandes.¹⁰⁴ Sólo desde esta perspectiva parecía posible ejercer el tipo de presión necesaria para impedir que los franceses enviaran nuevas tropas a Cataluña e Italia y reanudaran los intentos de provocar una «revolución» en Nápoles, una presión que también sería suficiente para plantear una seria amenaza en el núcleo de Francia e inducir a su corte a acordar una paz «razonable».

104. BL, ms. Add. 14007, fols. 140-144, «Memoria... refiriendo lo que contienen dos despachos del señor Principe de Conde de 9 y 25 de Diciembre del ano de 1653». Huelga decir que ni los catalanes pro-españoles ni los portugueses pro-Habsburgo exiliados en España estaban de acuerdo con esta estrategia general y, asimismo, que existían voces disidentes entre los cortesanos de Madrid. El marqués de Velada, por ejemplo, aconsejaba en el momento inicial del asedio a Barcelona, en 1651, que lo mejor para la corona española sería reducir sus esfuerzos en Flandes, Italia y Cataluña, y concentrarse en la recuperación de Portugal y su extenso imperio de ultramar. Véase Rafael VALLADARES, «Portugal y el fin de la hegemonía hispánica», *Hispania: Revista Española de Historia*, 56 (1996), p. 529.

El renacer del poderío francés continuó durante 1654. El mariscal La Ferté culminó la dominación de Alsacia, el conde d'Harcourt se sometió finalmente a Mazarino y al rey en mayo de 1654, y Breisach fue entregada a las tropas reales. El ejército de La Ferté entró entonces en Lorena para reducir las fortalezas de Stenay y Clermont, que estaban ocupadas por los partidarios de Condé. A pesar de los esfuerzos de don Luis de Haro para interceder entre ambos, las discrepancias entre Condé y Fuensaldaña no disminuyeron en lo más mínimo.¹⁰⁵ El francés hizo todo lo posible para asegurarse la destitución de su rival y socavar la posición del archiduque, advirtiendo en repetidas ocasiones a la corte española de que, a menos que mejorase la calidad de la cúpula militar en Flandes, perdería con toda probabilidad ese mismo año la totalidad de sus enclaves en el noroeste de Francia.

Condé era, sin duda alguna, el más talentoso y enérgico de los comandantes en los Países Bajos españoles. Sin embargo, aunque el rey estaba decidido a respaldarle, hasta el punto de confirmarle el mando absoluto sobre sus hombres (a pesar de que la mayor parte de ellos eran ahora pagados por España), de igual modo se mostró firme en determinar que el archiduque tenía la autoridad para decidir la estrategia general de los aliados en los Países Bajos y en sus contornos.¹⁰⁶ Por tanto, cuando las fuerzas monárquicas francesas sitiaron Stenay a finales de junio, Condé se vio obligado a estar de acuerdo con la decisión de Leopoldo Guillermo de que el ejército de Flandes no debía lanzar su contraofensiva en Lorena para salvar Stenay, sino en Artois, con el objetivo de amenazar Arras. Al advertir que las tropas españolas en Luxemburgo marchaban hacia el norte en dirección oeste, y no hacia Lorena, Mazarino alertó a Turenne, quien logró llegar justo a tiempo para reforzar Arras antes de que la ciudad fuera acordonada por un ejército de 22.000 hombres de las fuerzas hispano-*condéanas*-lorenesas. A pesar de la escasez de provisiones y de los riesgos evidentes de seguir adelante con el sitio, pues

105. BL, ms. Add. 14007, fol. 152, Condé a Fiesque, Bruselas, 9 de mayo de 1654.

106. *Ibid.*, fols. 154-156, «Memoria» del conde de Fiesque para don Luis de Haro, 18 de junio de 1654.



MAPA 3. La Lombardía española, Mantua-Monferrato, y sus países vecinos a mediados del siglo XVII.

el notable ejército real francés de Turenne se hallaba no muy lejos, Fuen-saldaña y Condé siguieron reforzando sus líneas de asedio. Stenay, por su parte, cuyas murallas evidenciaban las brechas abiertas por las minas, se entregaba a Luis XIV el 6 de agosto. Durante varias semanas, el resultado del drama que se desarrollaba en Artois estuvo pendiente de un hilo. Finalmente, el 25 de agosto, en un violento desenlace, Turenne irrumpió con éxito sobre una sección de las líneas españolas establecidas en las afueras de Arras y forzó el abandono inmediato del sitio y la huida precipitada del ejército asediante. Sólo la vehemencia y la destreza de Condé salvaron, por igual, a españoles, loreneses y sus propios hombres de una derrota catastrófica. Tal como estaban las cosas, Turenne logró capturar a 3.000 hombres y más de sesenta cañones de asedio, así como cantidades ingentes de materiales y suministros. La

derrota dañó el restablecido prestigio de España en Europa y el meneguante prestigio de Condé en Francia, pero reforzó la posición del príncipe tanto en los Países Bajos españoles como en la corte de Madrid, donde se le reconocía el mérito de haber evitado un desastre todavía peor.¹⁰⁷

Por su parte, Francia también recuperaba prestigio en la frontera española. El hermano menor de Condé, Conti, ahora aliado de Mazarino, tras haber sido nombrado virrey de Cataluña en mayo, había reunido un ejército en Perpiñán y, en julio, tomaba Vilafranca de Conflent, ocupando la parte del Rosellón que seguía en manos españolas. En septiembre, Conti invadió la Cerdeña y puso sitio a Puigcerdá. La población, defendida por una guarnición mixta formada por un millar de soldados italianos, alemanes y catalanes proespañoles, aguantó muy poco y capituló el 21 de septiembre. En las semanas siguientes, los franceses y sus aliados catalanes reconquistaron el resto de la Cerdeña.

En medio de las malas noticias que procedían de Flandes y Cataluña, el monarca español pudo encontrar al menos cierto alivio en el fracaso de Mazarino en su último intento para derrocar el gobierno español en Nápoles. El 14 de noviembre, una fuerza naval francesa que había zarpado de Tolón entró en la bahía de Nápoles y se apoderó del puerto de Castellammare, cerca de Sorrento. De todos modos, los galos recibieron poco apoyo y, cuando trataron de avanzar, fueron derrotados rápidamente por la guarnición española de Nápoles. Se retiraron a sus barcos y navegaron de regreso a Francia.

Durante el invierno de 1654-1655, Mazarino promovió una nueva ronda de conversaciones de paz con la corte española. Además, los términos que el cardenal presentaba en esta ocasión parecían reflejar una auténtica moderación respecto a su postura anterior. Por primera vez desde el estallido de la revuelta catalana en 1640, la corte francesa manifestaba su voluntad de evacuar la totalidad del principado, conservando solamente el Rosellón, y accedía al cese de la ayuda en Portu-

107. LONCHAY, *Rivalité*, p. 167; INGLIS-JONES, «The Grand Condé», pp. 75-116.

gal.¹⁰⁸ Además, Francia devolvería a España las plazas de Béthune, La Bassée, Quesnoy, Thionville y Damvillers a cambio de las fortalezas clave situadas en el noreste de Francia, en posesión de los españoles: La Capelle, Châtelet y Rocroi, junto con Arras, Hesdin y Bapaume.¹⁰⁹ Sin embargo, esta nueva moderación de Mazarino en cuestiones territoriales, por lo menos respecto a Cataluña y Flandes, venía motivada por su anhelo de abrir una fisura insalvable entre la corte española y sus aliados. Con respecto a Lorena, Mazarino no ofrecía restituir las tierras del duque ni su independencia, sino tan sólo compensarle de sus pérdidas financieras con una suma de dinero. A Condé no le ofrecía nada en absoluto, excepto unas plenas garantías de que el príncipe encontraría «todas las satisfacciones» en la clemencia real de Luis.¹¹⁰

Leopoldo Guillermo trató de persuadir a Felipe para que diera una respuesta favorable. Insistió en que los Países Bajos meridionales estaban exhaustos, que las perspectivas militares eran muy inciertas y que la concesión que los franceses ofrecían con respecto a Portugal era «un grandissimo punto».¹¹¹ Reconoció que el rey estaba obligado, por juramento, a negociar con Francia de forma conjunta con Condé y a salvaguardar los intereses de este último, pero imploró a don Luis y a otros principales asesores de Felipe que se plantearan si era razonable que la monarquía española «debía continuar en una incesante y tan costosa guerra», únicamente para respaldar las pretensiones de un príncipe que no estaban, ni mucho menos, justificadas y algunas de las cuales podían considerarse «desmesuradas». Tampoco pensaba que la cuestión de Lorena tuviera que impedir la consecución de una paz entre Francia

108. BL, ms. Add. 1400, fols. 211-213, «Copia de los apuntamientos que hizo Don Gaspar Bonifaz de las condiciones para la paz entre ambas coronas, que le propuso el Cardenal Mazarino al pasar por Paris».

109. *Ibid.*

110. *Ibid.*, fol. 212v, «Respuesta que llevo de parte del señor Don Luis de Haro el sergento general... Don Gaspar Bonifaz».

111. *Ibid.*, fol. 209-209v, Leopoldo Guillermo a Felipe IV, Bruselas, 29 de enero de 1655.

y España, pero sus criterios no fueron compartidos por Felipe y don Luis. El rey y sus principales consejeros opinaban que no podían abandonar a Condé ni tampoco al duque de Lorena, ya fuera por honor o por no sacrificar la influencia española en torno a las fronteras con Francia, y que todo ello iba fundamentalmente en contra del interés de España.¹¹²

Punto muerto (1655-1656)

La continua recuperación del poder francés puso a España en un dilema y en una situación de ahogo que rápidamente se agravaron, a causa del empeoramiento de la crisis financiera de Madrid, debida en parte a las relaciones cada vez más tensas entre la corona española y la república de Génova.¹¹³ La escasez crónica de liquidez comportaba que los ejércitos de España fueran, en cualquiera de sus escenarios, más reducidos y débiles que en años anteriores, lo que, por consiguiente, proporcionaba un nuevo impulso a la contraofensiva gala. Un ejército francés liderado por Conti invadió Cataluña desde el Rosellón y logró restituir su dominio sobre el área próxima a Rosas y sitiar Cadaqués, que también fue bombardeada desde el mar. Tras dos años y medio bajo control español, Cadaqués se rendía a los franceses el 27 de mayo de 1655.¹¹⁴ Poco después, Turenne y La Ferté llevaron un poderoso ejército francés a la zona fronteriza de los Países Bajos españoles, donde pusieron sitio a Landrecies. Los franceses podrían fortificar tranquilamente sus líneas de asedio ante los ojos de los españoles y del propio Condé, demasiado debilitados para impedirlo. Todavía más amenazante, si cabe, resultaba el avance de un ejército conjunto franco-saboyano a través de la Lombardía española, que amenazó a la ciudad de Milán y puso sitio a Pavía.

112. *Ibid.*, fol. 212v, «Respuesta».

113. RUIZ MARTÍN, *Finanzas de la monarquía hispánica*, pp. 148-151.

114. DE LA RONCIÈRE, *Histoire*, v, p. 213; SANABRE, *La acción de Francia*, pp. 562-563.

Franceses y saboyanos, junto a contingentes de soldados modeneses, arrasaron grandes extensiones milanesas. Sin embargo, el ejército español de Lombardía, bajo el mando de Caracena, finalmente consiguió una victoria importante sobre los franceses, que permitió poner fin al asedio de Pavía y poner en fuga a sus enemigos.

Mientras tanto, empezaron nuevas conversaciones de paz. Un enviado español, don Pedro de Vaus, era recibido en secreto por Mazarino en Soissons el 3 de julio de 1655.¹¹⁵ Según Mazarino, Condé suponía el principal obstáculo para la paz. El cardenal instaba al monarca español a desistir de su apoyo irracional a las pretensiones del príncipe. Según alegó, Luis XIV estaba dispuesto a abandonar al «duque de Braganza» —tal como los españoles llamaban al rey de Portugal— y a desistir de prestar ayuda a los portugueses, pese a su condición de aliado formal de Francia contra España; la reciprocidad —exhortó— exigía que Felipe hiciera lo mismo con Condé. Mazarino insistía en que, una vez firmada la paz, éste recibiría «satisfacción» por parte del soberano francés. Asimismo, recordó a la corte española que Landrecies se encontraba sitiada; que los franceses estaban recuperando terreno en Cataluña; y que Cromwell, una vez que Inglaterra había finalizado la guerra marítima con los holandeses, estaba planeando atacar España en las Indias Occidentales. Por último, añadió que Condé ya no constituía una mejora significativa de la fuerza militar española, puesto que su ejército de 10.000 hombres era pagado en gran parte por España y que las escasas tropas francesas que todavía conservaba estaban formadas por rebeldes poco fiables, a quienes el rey galo podría inducir fácilmente a que regresaran a Francia.¹¹⁶

La situación de España era, en efecto, difícil, pues existía un grave riesgo de derrota generalizada. Todos los ejércitos hispanos se encontraban en mal estado, la situación financiera era sumamente precaria y, a la postre, los planes ingleses de atacar España en el Caribe eran induda-

115. BL, ms Add. 14000, fols. 213-221, «Copia de lo que paso a Pedro de Baos en las conferencias que tubo con el Cardenal Mazarini» (Soissons, 3 de julio de 1655).

116. *Ibid.*, fol. 216v.

blemente ciertos. Landrecies caería —la ciudad se rindió el 14 de julio, tras un asedio de dieciocho días—, a lo que siguió el intento de Turenne contra La Capelle, la población de Condé, y otra *place forte* cercana. Pese a todo, Felipe y sus ministros persistían en la opinión de que el ofrecimiento de Mazarino no proporcionaba la base necesaria para una paz segura y digna. Las objeciones del rey fueron expuestas en una misiva enviada al archiduque desde Madrid el 14 de agosto.¹¹⁷ En primer lugar, Felipe no tenía ninguna intención de suscribir las pretensiones de Condé que resultaran excesivas, si bien estaba decidido a negociar con el rey de Francia, tal como había prometido en su tratado con Condé, sólo de forma conjunta con el príncipe, de quien protegería aquellos intereses que parecieran justos en Madrid. Este punto fue declarado como «ynescusable para mantener el honor y las conbeniencias y consecuencias futuras», es decir, indispensable tanto para el honor del rey como para mantener la posición de España en calidad de gran potencia respecto a Francia. En segundo término, Felipe (al igual que Condé y el archiduque) hacía tiempo que había perdido la paciencia con el duque de Lorena, cuya falta de fiabilidad y sus relaciones secretas con Mazarino no sólo eran conocidas, sino que resultaban absolutamente peligrosas. Esta situación condujo, en febrero de 1654, a que el duque fuera apresado en Flandes, encarcelado en el castillo de Amberes y luego enviado a España, donde sería custodiado.¹¹⁸ El rey estaba decidido, sin embargo, a asegurar la restauración de Lorena en tanto que estado cliente de España, grande e independiente, encajado entre Francia y el Imperio. La insistencia de Mazarino en que Lorena y Bar fueran tratadas como partes de Francia y en presentar al duque como un frondista rebelde se juzgó en Madrid como totalmente inaceptable. Tampoco las pro-

117. *Ibid.*, fols. 223-224, Felipe IV a Leopoldo Guillermo, Madrid, 14 de agosto de 1655.

118. El duque fue capturado el 25 de febrero en el Palacio Archiducal de Bruselas, desde el cual fue trasladado a la ciudadela española de Amberes para ser transferido, posteriormente, por mar hasta España, donde permanecería bajo arresto domiciliario en Toledo. [COSTE], *Histoire*, pp. 449-450.

puestas de Mazarino referidas a Italia se consideraron como demasiado constructivas; por el contrario, fueron tildadas de tan oscuras que resultaba imposible distinguir «lo que se ofrece de lo que se exige». Menos aún le pasó desapercibido al rey que la propuesta de paz de Mazarino carecía de cualquier promesa para retirarse por completo de Cataluña, incluidas Rosas y Cadaqués, ni tampoco contemplaba la restitución de Artois. Aunque, por el momento, los franceses tuvieran ventaja en todos los escenarios, el rey señaló que la fortuna de la guerra podía cambiar repentinamente, con lo que instaba al archiduque a recordar el conjunto de fortalezas y territorios que los franceses habían perdido frente a España desde 1648, ya fuera en Flandes, en Cataluña o en Italia. Asimismo, hacía hincapié en que, si bien las finanzas españolas se encontraban en una situación desesperada, los súbditos de Francia también estaban soportando no pocos aprietos y todavía quedaba una facción considerable de descontentos que simpatizaban con Condé y con los objetivos de las Fronidas, los cuales, en la primera oportunidad que tuvieran, volverían con toda probabilidad a levantarse de nuevo.

La fisura existente entre ambas cortes, todavía muy abrupta, no dejaba otra alternativa que no fuera la de prolongar la guerra. El avance francés en Cataluña fue interrumpido en septiembre, cuando la llegada de una flota española obligó a los galos a abandonar su sitio de Palamós. Sin embargo, en los Países Bajos meridionales el empuje francés seguía su curso. Durante esta etapa, Leopoldo Guillermo se encontraba en un estado de máxima preocupación, debido al mal estado de las defensas de Flandes y a la falta endémica de «españoles e italianos, el nervio principal de la guerra aquí». ¹¹⁹ La estratégica población de Condé, situada al norte de Valenciennes, capituló el 18 de agosto. Con un notorio y poderoso ejército francés, se tomaron y fortificaron las posiciones en todos los alrededores de Condé, Arleux, Saint-Amand y otras localidades cercanas, lo que daba la impresión de que los españoles estaban

119. AGR, SEG 261, fol. 99v, Leopoldo Guillermo a Felipe IV, Bruselas, 20 de febrero de 1655.

a punto de perder una porción considerable de territorio que abarcaba varias ciudades importantes. Sin esconder su satisfacción, Mazarino escribió el 3 de septiembre a Turenne y La Ferté, en relación con «la consternation des ennemis et de toute la Flandre, qui est plus grande que vous ne scauriez imaginer. Ils sont tousjours dans la crainte qu'on ne fortifie Arleux et l'Escluse pour incommoder Douay et couper plus qu'ils ne le sont Bouchain, Valenciennes et Cambray».¹²⁰ De igual forma, Tournai también estaba bajo amenaza.

En esta coyuntura, una prioridad política urgente de la corte española pasaba por preservar la influencia de España sobre la Casa de Lorena. Con la detención del duque Carlos, Felipe había demostrado que ya no estaba dispuesto a tolerar desde España su independencia política y militar, aunque —como se advertía en la respuesta a la declaración de Leopoldo Guillermo del 25 febrero de 1654, en que se anunciaban las razones del arresto del duque en Bruselas— Carlos nunca había firmado ningún compromiso que le obligara a negociar con Francia si no era de forma conjunta con España.¹²¹ En las negociaciones de otoño de 1655 llevadas a cabo entre la corte española y el duque Carlos (que permanecía en cautiverio en Toledo) había dos asuntos principales. El primero de ellos recaía en la demanda del rey respecto al ejército de Lorena —que, desde la detención del duque, se encontraba bajo las órdenes de su hermano, el duque Francisco—, el cual pasaría a integrarse en el ejército de Flandes y formaría parte de la misma estructura de mando, disciplina y retribución que las tropas del rey. El segundo asunto concernía a la exigencia del monarca de que el duque se comprometiera a «no hacer, a mi costa, ninguna paz o alianza con otro rey o príncipe».¹²² A cambio de su consentimiento, al duque se le prometió una compen-

120. *Lettres du Cardinal Mazarin*, VII, p. 72.

121. *Risposta al manifesto dell'Arciduca Leopoldo, il quale pretende di giustificare la prigione del duca di Lorena* (sin fecha, ¿marzo?, 1654), fol. 2; INGLIS-JONES, «The Grand Condé», p. 101.

122. BL, ms. Add. 14004, fols. 697-701, «Instrucción» a don Miguel de Salamanca, quien fue enviado a Toledo para negociar con el duque Carlos.

sación en forma de tierras, bienes y su propia libertad personal desde el momento en que se completara el traslado de sus regimientos y se colocara a éstos bajo autoridad española. Sin embargo, el duque se negó a acceder a estas demandas y, por tanto, continuó cautivo en Toledo. De hecho, su detención había provocado que se distanciara tanto de Felipe que éste no tenía otra alternativa que mantenerle como su prisionero mientras la guerra no cesara. También se enfrentaba al difícil problema de cómo afianzar la lealtad hacia España del hermano del duque y sus oficiales de mando. Porque incluso si el duque hubiera firmado un tratado bajo presión, la probabilidad de que lo hubiera rechazado tan pronto como fuera puesto en libertad era demasiado grande como para que su excarcelación fuera tomada en consideración. En cualquier caso, el intento de Felipe de consolidar su control sobre la Casa de Lorena, junto a sus tropas e intereses, rápidamente se desmoronó.¹²³ El duque Francisco aguardó el momento oportuno para pasarse al bando francés en noviembre de 1655, huyendo a través de Landrecies y llevándose consigo la mayor parte de sus soldados. No podía ocultarse el golpe que había recibido el prestigio hispánico, ni tampoco el daño causado a los intereses españoles en Lorena, Tréveris y la zona media del Rin. Así, durante la campaña de 1656, los loreneses lucharían al lado de los franceses y contra los españoles.

El nuevo gobernador general de Bruselas (que también iba a ser el último en comandar un poderoso ejército bajo bandera española en los Países Bajos meridionales), don Juan José de Austria, llegó a principios de 1656. Pese a la mejorada relación de trabajo que estableció con Condé respecto a su predecesor, don Juan encontró pocos motivos para el optimismo. En su carta al rey datada el 15 de abril de 1656 insistía en que una paz global con Francia era, sin más demora, un asunto de suma urgencia para la Monarquía hispánica en general y para los Países Bajos meridionales en particular.¹²⁴ La esperada ofensiva gala en el norte se

123. *Ibid.*, fol. 717, consulta, 21 de marzo de 1658; Augustin CALMET, *Histoire ecclésiastique et civile de Lorraine*, 3 vols., Cusson, Nancy, 1728, III, p. 532.

124. AGR, SEG 261, fol. 203, don Juan José a Felipe IV, Bruselas, 15 de abril de 1656.

materializó a inicios de aquel verano. El principal ejército francés, de Turenne y La Ferté, se adentró en territorio español, más allá de Douai y Cambrai, tratando de aprovechar las incursiones llevadas a cabo durante el año anterior. El 15 de junio de 1656 el ejército francés puso sitio a Valenciennes. El asedio y el bombardeo se prolongaron a lo largo de un mes, durante el cual se sucedieron muestras de una sólida lealtad hacia España, las cuales, de hecho, alentaron a don Juan José. Finalmente, durante la noche del 15 de julio, don Juan y Condé se vengaron por la derrota de Arras, ocurrida dos años atrás. Tras repetidos ataques, sus soldados rompieron las líneas de los sitiadores, arrojando al ejército francés —preso del pánico— a una retirada precipitada, en la que los españoles y los *condéans* lograron capturar a unos 4.000 hombres, entre ellos el propio mariscal La Ferté, junto a grandes cantidades de armas y provisiones. Aunque en ese momento nadie lo podía saber, ésta fue la última gran victoria de España (y de Condé), y como tal fue pregonada a los cuatro vientos por toda Europa. Asimismo, sería conmemorada más tarde en una composición pictórica, «bellísima y bien dispuesta», del célebre artista flamenco y pintor de batallas Pieter Snayers, si bien con un enfoque que destacaba el papel de los españoles por encima del desempeñado por Condé.¹²⁵ El prestigio de España en Europa conseguía repuntar considerablemente.

Aturdido por el «malheur qui nous est arrivé», Mazarino ordenó a Turenne que hiciera todo lo posible para limitar los percances ocasionados, contener a los españoles y, sobre todo, no perder las poblaciones estratégicas cercanas de Condé y Saint Guilan, puesto que «outre que ces postes sont d'importance, ce sera un coup de haute reputation de les conserver».¹²⁶ Pero Turenne no pudo impedir la entrada triunfal de don Juan en Condé, acontecimiento que acarrió una avalancha de felicita-

125. De Bie dedica más atención a la pintura de Snayer sobre la victoria española en Valenciennes, en julio de 1656, que prácticamente a cualquier otra imagen examinada en su libro: Cornelis DE BIE, *Het gulden cabinet vande edele vry schilder-const*, Amberes, 1661, pp. 223-224.

126. *Lettres du Cardinal Mazarin*, VII, p. 281.

ciones desde Madrid y una sucesión de celebraciones en los Países Bajos españoles.

Antes y después de estos éxitos hispanos acontecidos en el verano de 1656, las cortes francesa y española se encontraban de nuevo absortas en las negociaciones de paz. Se ha dicho que fue «Mazarino quien realizó los esfuerzos más serios por romper el círculo vicioso» y que, a través de sus esfuerzos, así como los de su colaborador más próximo, Hugues de Lionne, ambas cortes «trabajaron penosamente por llegar a un acuerdo».¹²⁷ Si este punto de vista fuera correcto, Mazarino debería haber cambiado sustancialmente de postura desde principios de la década de 1650, a pesar de que la posición militar de Francia era, en general, mucho más fuerte ahora de lo que lo había sido entonces. Si bien es cierto que las negociaciones fueron intensas y complicadas, que el monarca español participó personalmente durante horas en sendas deliberaciones y que, en materia territorial, los franceses se mostraron más moderados que en ocasiones anteriores, también lo es que Mazarino y Luis XIV determinaron, como siempre, no llegar a un acuerdo con España sin obtener los beneficios y ventajas políticos que, de forma inequívoca, permitieran proclamar la supremacía de Francia.¹²⁸

127. STRADLING, *Europe and the decline of Spain*, p. 134. Más recientemente, este autor se ha referido a lo que él llama «la apertura extremadamente razonable de 1656, rechazada por Felipe IV por meros motivos de prestigio»: *Spain's Struggle for Europe*, pp. 26-27. Por su parte, Bonney ha escrito que «Felipe IV no estaba interesado en una paz justa, sino solamente en que resultara favorable a los intereses españoles, y su confianza en la victoria final le llevó a rechazar la oferta francesa de un compromiso razonable durante la misión del secretario de Estado francés, Lionne, en Madrid el año 1656»: *European dynastic states*, p. 239. Y aún Lynch explica que «en 1656 se presentó una buena oportunidad para firmar la paz con Francia; Cataluña había sido recuperada y los franceses prometieron no prestar ayuda a Portugal. Pero, en contra de las recomendaciones de sus ministros, Felipe IV se negó a negociar, insistiendo en unas condiciones tan poco razonables como las que Cromwell había exigido a España»: *The Hispanic World*, p. 169.

128. BL, ms. Add. 14000, fols. 235-237, «Copia de Carta de su Magestad para el serenissimo señor Don Juan de Austria avissando la rotura del tratado de paz para que vino Monsieur de Leoni», Madrid, 26 de septiembre de 1656.

La corona francesa consintió en abandonar la empresa de Portugal; la española, en reconocer la cesión por el emperador de Alsacia a Francia, en los términos de la paz de 1648.¹²⁹ Sobre Cataluña se acordó que los franceses evacuarían todo el principado, incluyendo Rosas y Cadaqués, y que restituirían la Cerdaña, si bien conservarían el Rosellón, configurando de este modo la marca definitiva de frontera entre Francia y España en la línea de los Pirineos. Más difícil era la cuestión de qué territorio debía ceder la corona española a Francia en el marco de los Países Bajos. Tras muchas discusiones, y con «gran repugnancia», Felipe accedió a firmar la renuncia de Artois a favor de Francia y a devolver la plazas fuertes de Rocroi, La Capelle y Châtelet, mientras que Luis devolvería las zonas de Luxemburgo que había conquistado (Thionville y Damvillers) y Béthune, así como Quesnoy y La Bassée.¹³⁰ Además, los franceses se retirarían de Charolais y aquellas partes de la Borgoña española que habían invadido. Más difícil aún era el problema en Italia. Felipe estaba dispuesto a devolver Vercelli a Saboya y, después de un intenso debate, se decidió que Casale tenía que ser desmilitarizada y sus murallas, derribadas. Cada una de las partes convino en devolver enclaves capturados en el Milanesado y Monferrato, pero, en cambio, continuaban sin resolverse las persistentes diferencias respecto a Mantua y Módena.¹³¹ En cuanto a Lorena, Mazarino sólo ofreció restituir el ducado propiamente dicho, sin el ducado de Bar, con los muros de Nancy desmantelados y con la garantía de que Francia conservara un corredor estratégico en Alsacia¹³², condiciones que convertían inevitablemente la región de Lorena en un peón indefenso de Francia.

Con todo, si las dificultades se hubieran limitado a disputas territoriales y políticas de esta naturaleza, las negociaciones de paz de 1656 quizá hubieran culminado, a la larga, en un acuerdo global. Pero los

129. *Ibid.*, fol. 235v.

130. *Ibid.*

131. *Ibid.*, fol. 236.

132. *Ibid.*, fol. 237-237v; véase también fol. 240, «Resumen de la negociación de paz entre España y Francia» (1656).

obstáculos que perduraban eran todavía más fundamentales y no es en extrañar en absoluto que, al final, todo el proceso se viniera abajo. Sostenen, como algún historiador ha hecho, que «sólo una o dos cuestiones de forma, incluso de protocolo, quedaron pendientes de ser resueltas», es un craso error para comprender lo que en realidad estaba en juego, puesto que, como en 1655, la relativa moderación de Mazarino en materia territorial estaba destinada a reforzar la obtención de ventajas políticas que respondían a un tipo y un orden bien distintos. De hecho, Mazarino nunca esperó que las conversaciones tuvieran éxito, si bien gustaba de ingeniárselas para que, a ojos de las cortes extranjeras, del Papado y de los propios franceses, pudiera cargar las culpas a la corona española. «Quoyque nous fussions bien assurez», explicaba el 28 de agosto de 1656,

que les Espagnols n'estoient nullement disposez à la paix, on jugea pour chose absolument necessaire de faire cette mission [de Lionne] afin que leur intention fust connue de tout le monde, d'autant plus qu'ils publioient hautement que, si le Roy eust seulement consenty à envoyer une personne en Espagne, la paix auroit esté concluse en deux jours, le Roye Catholique estant tout-à-fait disposé à y apporter les dernières facilitez; et ç'a esté un grand bonheur pour nous d'avoir pu faire paroistre à tous, nonobstant ces artifices des Espagnols et les autres, don ils se sont servis pour persuader au Pape et à tous les princes de la Chrestienté qu'ils souhaitoient avec passion de contribuer à son repos et que la France seule en empeschoit l'establissement, qu'ils en sont, en effect, plus esloignez que jamais, prétendant des conditions si injustes, que le Roy fera la guerra toute sa vie, avec une approbation générale, plustost que les accorder. Nous attendons le retour de M. de Lionne avec l'esclaircissement en bonne forme pour faire advouer aux plus critiques et à ceux qui sont les plus mal intentionnez pour la France, que, si la paix ne se fait pas, la seule injustice des Espagnols en est cause.¹³³

133. *Lettres du Cardinal Mazarin*, VII, p. 328.

De los obstáculos que quedaban en pie, dos sobresalían especialmente, de los cuales el principal seguía siendo Condé. Desde que Leopoldo Guillermo y Fuensaldaña fueron relevados en sus cargos, medida en la que Condé había tomado parte, y también desde la llegada de don Juan José, a Mazarino le había sorprendido la creciente influencia de Condé en el contexto de las deliberaciones y decisiones españolas de carácter estratégico en los Países Bajos. Estimó que ahora era el «prince de Condé qui est maistre de toutes les resolutions» y que éste estaba llevando a sus anfitriones españoles hacia su propia preferencia por una audaz estrategia ofensiva de penetraciones profundas hacia el interior de Francia con la intención de provocar «de grands desordres dans le royaume et quelque soulèvement dans la ville capitale». ¹³⁴ Mazarino sabía que Condé tenía una red de contactos secretos en Francia, incluso en París, y no desestimaba en absoluto la amenaza a la autoridad y al poder de la realeza francesa que suponía la colaboración armada de Condé con España.

Por su parte, éste se había percatado de antemano de que Mazarino trataría de convencer al mundo de que eran sus intereses los que impedían alcanzar el sosiego de la cristiandad, por lo que había suplicado a Luis de Haro que no permitiera que los temas que le concernían fueran dejados de lado. ¹³⁵ Don Luis había hecho grandes esfuerzos para tratar, antes que nada, los asuntos de Condé, a lo que Mazarino se había negado rotundamente, amenazando con romper las negociaciones por completo a menos que tales asuntos fueran aplazados hasta última instancia. Cuando por fin los negociadores encontraron el momento propicio para tratarlos, se supo que Mazarino estaba dispuesto a devolverle a Condé los territorios e ingresos confiscados, pero no sus puestos como gobernador, ni tampoco sus cargos, sus funciones e influencia en la corte. Felipe no quiso aceptar esto, ¹³⁶ porque, en caso de abandonar a Con-

134. *Ibid.*, VII, p. 316.

135. BL, ms. Add. 14000, fol. 231-231v, escrito (según trad. al cast.) de Condé a Luis de Haro, 5 de febrero de 1656.

136. *Ibid.*, fols. 235v, 237v.

dé, España estaría sacrificando toda su influencia en Francia. Fue este punto lo que motivó un nuevo fracaso de las conversaciones.

También pudieron desarrollarse conversaciones en serio a raíz de la petición de mano de la infanta María Teresa, hija del rey español, por parte de Luis XIV. Mazarino y su joven señor aspiraban a formalizar el matrimonio porque, en aquel momento, María Teresa era todavía la heredera al trono hispánico (el enfermizo Carlos II no nacería hasta noviembre de 1661) y porque, mediante este enlace, la corona francesa adquiriría un inmenso peso e influencia en todo el imperio español, y no menos en los Países Bajos españoles e Italia. Más tarde, Lionne recordó que Mazarino habría accedido a numerosos puntos en las negociaciones de 1656 a cambio de alcanzar un objetivo tan sumamente grande.¹³⁷ Pero Felipe IV no estaba todavía suficientemente desgastado como para contemplar una resolución tan humillante. Así, mientras que las conversaciones de paz franco-españolas de 1656 se vinieron abajo por la cuestión de Condé, su condición política y sus cargos en Francia, hubo también otras tantas razones por las que Felipe y sus consejeros decidieron que aceptar cualquier base con la que Mazarino estuviera de acuerdo iría, en esencia, en contra de los intereses españoles. A pesar de la falta crónica de tropas, armas y dinero, del agotamiento general de la monarquía y del impaciente deseo del rey de dirigir sus armas contra lo que él consideraba como una traición y rebelión en Portugal, parecía que su mejor opción, y la única aconsejable, era la de seguir luchando.

En retrospectiva, puede resultar obvio que la decisión de rechazar en agosto de 1656 los términos de Mazarino y prolongar todavía más la guerra fuera un grave error. La creciente complicidad entre Francia e Inglaterra condujo en 1658 a una ofensiva conjunta contra los Países Bajos españoles, que resultó ser demasiado fuerte para ser contestada por España. El ejército de Flandes fue derrotado decisivamente el 14 de

137. J. VALFREY, *La diplomatie française au XVII^e siècle: Hugues de Lionne, ses ambassades en Espagne et en Allemagne*, París, 1881, pp. 56-57.

junio de 1658 en la batalla de las Dunas, a raíz de la cual las defensas de los Países Bajos meridionales se demoraron. En las semanas siguientes, la moral española en Flandes literalmente se desintegró. Mientras los ingleses, de acuerdo con Francia, ocupaban Dunkerque, los galos tomaron, una tras otra, las plazas de Gravelinas, Veurne, Diksmuide e Ieper. En la Lombardía española los franceses también obtuvieron rápidos progresos. Ante estos hechos, la corona española tuvo forzosamente que conformarse.

Sin embargo, la decisión tomada por Felipe IV en agosto de 1656 tal vez no fue tan disparatada como suelen sostener los historiadores. En Cataluña, los intentos franceses para irrumpir de nuevo durante los años 1657-1658 fueron repelidos con eficacia. En 1656 no estaba claro que Cromwell fuera a optar por una colaboración estratégica a gran escala con Francia (que posiblemente no encajaba del todo con los intereses de Inglaterra) ni tampoco que la situación general de España fuera tan desfavorable como lo sería ya en 1657-1658.¹³⁸ Además, contrariamente a lo que se ha afirmado a menudo, los términos que España aceptó al fin en la Paz de los Pirineos de 1659 *no* [cursiva del autor] fueron prácticamente los mismos que aquellos rechazados por la corte española en 1656. En efecto, en 1659 Luis XIV y Mazarino se aseguraron el desposorio con María Teresa y [cursiva del autor] extensas ganancias territoriales, un conjunto de concesiones que, en ningún momento, se habían considerado en 1656. Teniendo en cuenta esta diferencia, y en vista de la caída fulminante del poder y prestigio de España en Europa durante la década de 1660, me parece totalmente justificable calificar la Paz de los Pirineos de derrota de conjunto para la corona española,

138. Además de alinearse con las Provincias Unidas y Dinamarca, y deshacer la alianza anglo-francesa, la corte española esperaba atraerse de nuevo al emperador y, de este modo, hacer fracasar los esfuerzos franceses —que habían surtido efecto en 1658— para desbancar la influencia española en el corredor del Rin. Véase Paul JANSSENS, «De spaanse ambassade in Den Haag onder Esteban de Gamarra van 1654 tot aan de vrede van de Pyrenees», tesis doctoral inédita, Universiteit Leuven, 1966, pp. 128-129, 197.

en unas proporciones que Felipe había tratado por todos los medios de evitar desde 1648: una derrota que trajo consigo aquellas consecuencias que la corte de Madrid más había temido; la pérdida de toda influencia española dentro de Francia y en su perímetro; la consolidación del poder francés en Alsacia, Lorena y el corredor del Rin, y, a la postre, el aislamiento y la mutilación del poder español en los Países Bajos.